

3

ANTOLOGÍA

LITERARIA

RELATOS AMAZÓNICOS

Material en validación

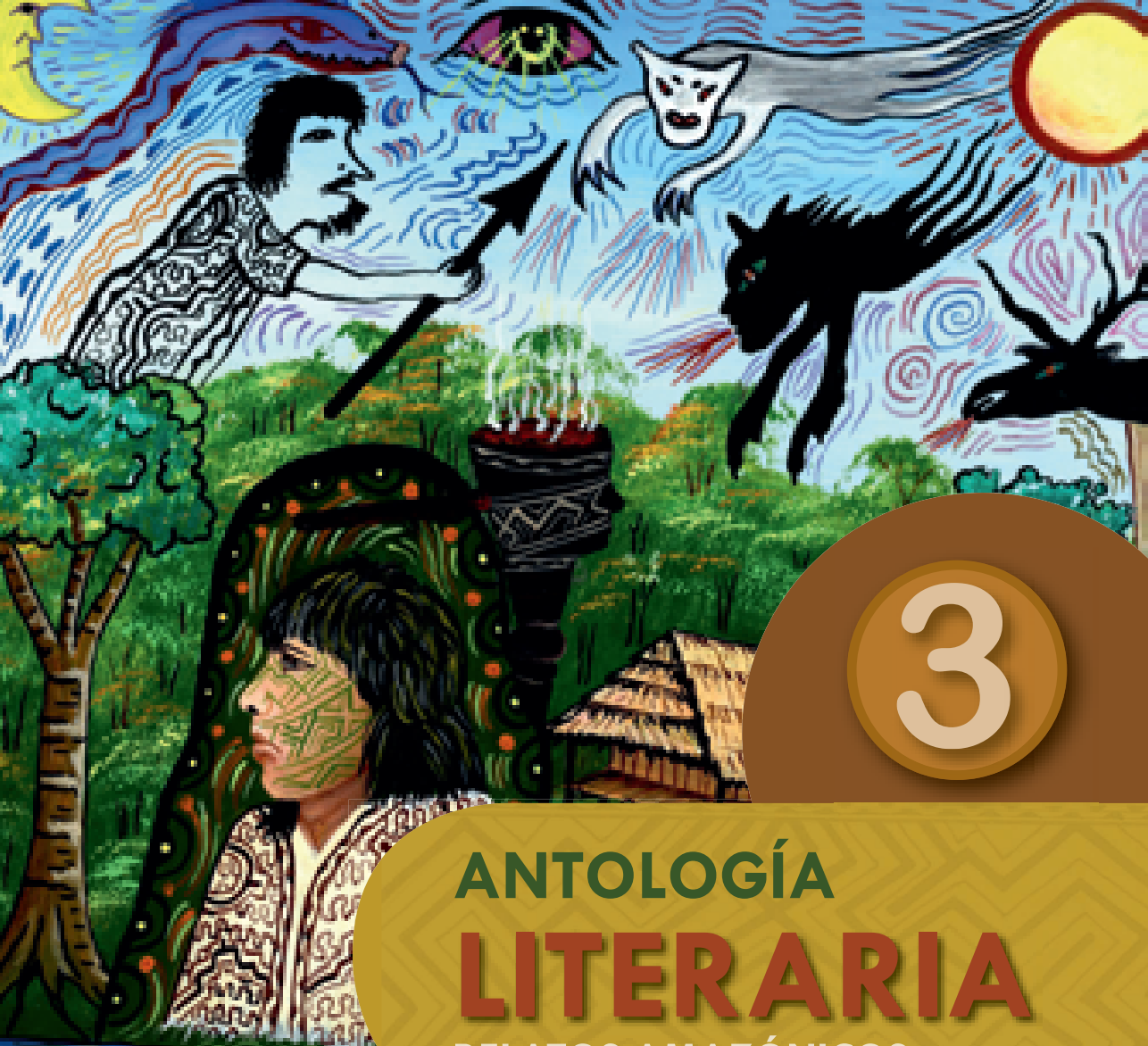


PERÚ

Ministerio  
de Educación

# PROYECTO EDUCATIVO NACIONAL AL 2021





3

ANTOLOGÍA

LITERARIA

RELATOS AMAZÓNICOS





Ministerio de Educación

Dirección General de Educación Básica Alternativa, Interculturalidad Bilingüe  
y de Servicios Educativos en el Ámbito Rural

Dirección de Educación Intercultural Bilingüe

## **ANTOLOGÍA LITERARIA 3 RELATOS AMAZÓNICOS**

©Ministerio de Educación  
Av. De la Arqueología cuadra 2, San Borja  
Lima, Perú  
Teléfono: 615-5800  
www.minedu.gob.pe

Primera edición, noviembre 2018  
Tiraje: 114,399 ejemplares

**Elaboración de contenido**  
Dina Socorro Ananco Ahuananchi

**Revisión de contenido**  
James Matos Tuesta

**Asesoría y revisión técnica (Digeibira-DEIB)**  
Leoncio Sejje Mamani  
Genaro Rodrigo Quintero Bendezú

**Diseño y diagramación**  
Juan Anibar Mamanchura Sardon

**Ilustraciones**  
Archivo DEIB-Digeibira

**Cuidado de edición**  
Daniel Soria Pereyra

Impreso en Quad/Graphics Perú S.A.  
Av. Los Frutales 344, Ate, Lima 03, Perú  
RUC 20371828851

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2018-16535

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.  
Impreso en el Perú/*Printed in Peru*





# Presentación

Querido(as) niñas/niños:

Este texto de lectura es para ustedes, y les va a ayudar a ampliar sus conocimientos sobre diversos temas de manera entretenida. Lo hemos elaborado un grupo de maestros y maestras con mucho cariño y entrega para que ustedes puedan tener mayor información, con el apoyo de su profesor o profesora, pero también de sus padres, abuelos y otros familiares.

Las lecturas que encontrarán en este texto les ayudarán a conocer mejor su cultura y la historia de su pueblo, a mejorar sus capacidades de expresión oral y escrita en la lengua castellana, a valorar a su familia, a respetar a la naturaleza y a cuidar el medio ambiente en el que viven. Les ayudará también a convivir en armonía con las demás personas con las que se relacionan en su casa, en la escuela y en la comunidad.

La información que encuentren les permitirá reforzar sus diversos aprendizajes. Estamos seguros que de les gustará y que aprenderán muchas cosas interesantes.

¡Buena suerte y a leer con cariño!

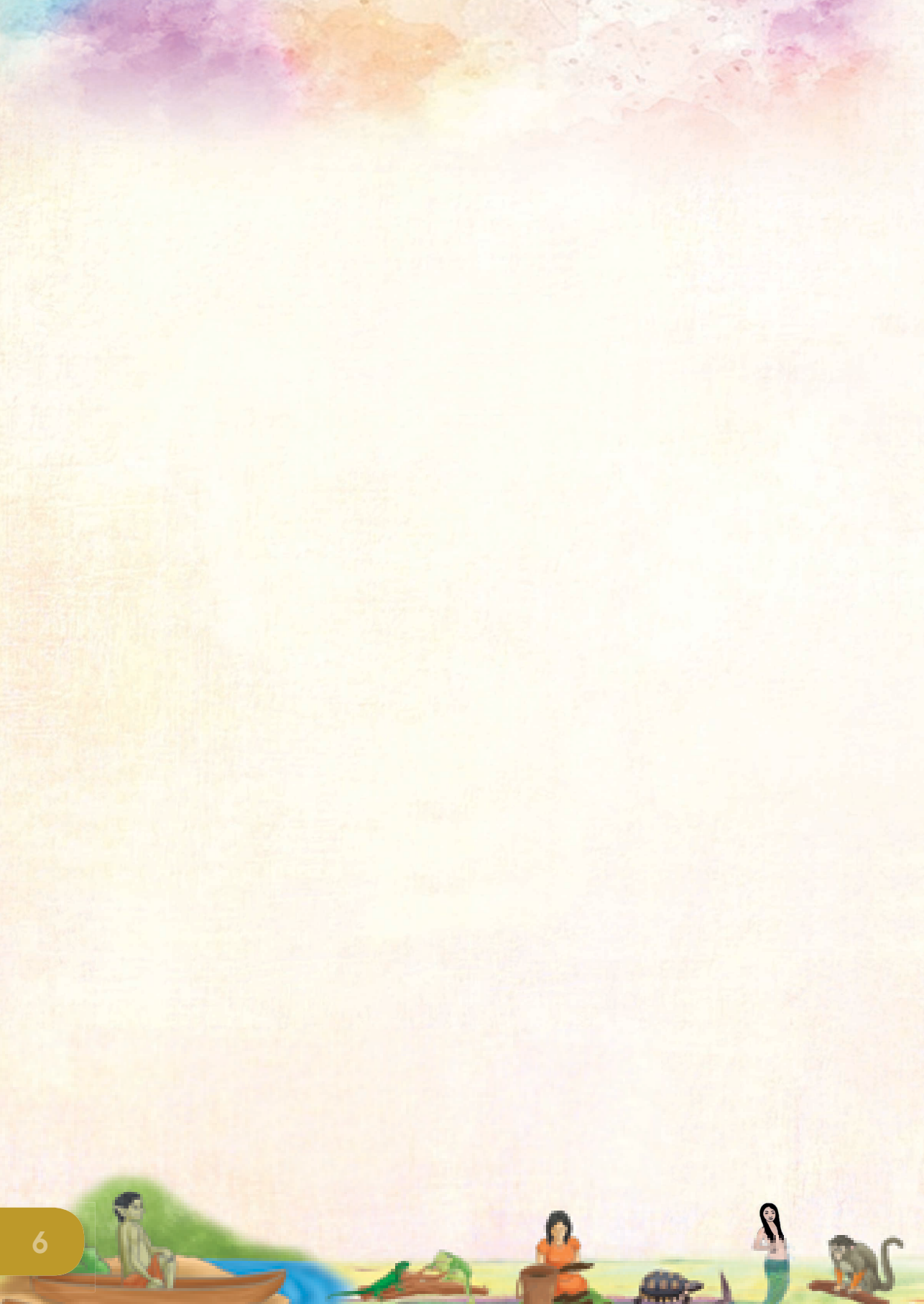
Ministerio de Educación



# Índice

Yacumama .....	7
Yacurunas .....	14
Pelejo .....	33
La casa del diablo .....	41
Panki y el guerrero .....	48
El barco fantasma.....	53
La sirena del bosque.....	56
Yacuruna.....	58
Volteo de charapas.....	65
El bufeo colorado.....	71
La sachamama .....	85
La yara .....	99
El brujo Chejo .....	115
Chullachaqui.....	122
Una luz al final del camino.....	128
La señora Shushupe y el señor Picuro.....	137
El loro pelado .....	145





# Yacumama

**E**n su choza amazónica, a orillas del sonoro Ucayali, Jenaro Valdivián vio con sorpresa que las provisiones y las balas se acababan. Su fiel servidor, aquel indio conivo que tan bien flechaba los monos gordos para convertirlos en manjar exquisito, se marchó, como ellos dicen, a “pasear”. Dos o tres días de misteriosa excursión por la selva, de donde regresaba, con su bondadosa sonrisa doméstica, lleno de orquídeas sangrientas y de mariposas deslumbradoras para el chiquillo.

¡Cómo iba a dejar solo a este hijo de siete años, que, educado por indios de Loreto, tenía ya vivacidades de salvaje! Salió a la orilla del río y silbó largo rato en vano. En el centro del agua un remolino de burbujas pareció responderle; pero la empecinada boa no quiso moverse. Estaba allí seguramente durmiendo y digiriendo, en su soledad acuática, el pecarí cazado ayer. Resignado, en fin, Jenaro Valdivián cogió el machete y la carabina, encerró en la choza a Jenarito, a pesar de sus protestas de niño mimado, y lo amonestó severamente:

—¡Cuidado con salir! Ya regreso.

Para consuelo y paz dióle al partir una vela y un cartucho de hormigas tostadas, que son golosina de niños salvajes. Valdivián no las tenía todas consigo desde la víspera. Al sajar un árbol de





caucho le pareció advertir que el tigre le estaba espiando en la espesura. Bien conocía los hábitos de la maravillosa bestia de terciopelo, que sigue durante días enteros a su presa y ataca solamente cuando ha observado los pasos y agilidad del adversario. En noches pasadas, fumando su cachimba bajo la luna, viera esas dos luces rojas, errantes y alucinantes sobre la ojiva de la tiniebla. Un disparo las dispersa por un momento; pero la ronda vuelve, y el cauchero, que sueña al aire libre, se dice lanzando bocanadas de humo, con un calofrío molesto: “Ya está aquí el tigre esperándome”.

En su canoa, río abajo, Jenaro pensó que era preferible no alejarse mucho. Recordaba que a dos vueltas del río hallaría en la “quebrada de las serpientes”, junto a la choza abandonada por los indios witotos, huudos del alto Putumayo, su admirable y misterioso telégrafo: el manguaré (es un recio tronco horadado con tan extraño arte que, al golpear sus nudos redondos, la selva toda resuena a cinco leguas con un rugido). Su servidor le había enseñado esa clave inalámbrica, y seguramente algún indio amigo escucharía su mensaje distante; o tal vez Gutiérrez, el cauchero más rico de los contornos, le despacharía un “propio” con pertrechos y víveres.

Llegó de la espesura a la canoa aquel perfume caliente que le embriagaba siempre como un efluvio de paraíso podrido. Avanzaba la selva en las riberas su fronda chillona y parlante, coronada en el sombrío vértice por monos y guacamayos tricolores. Un estruendo de menudos loros verdes pasó en el viento, hojas dispersas de un árbol roto en el huracán. La canoa crujía con un zumbido tropical





de flecha o de abejorro. “Será penoso el regreso”, pensó Jenaro Valdivián, hundiendo apenas el remo en el agua espumante.

En la solitaria choza, el niño empezó por devorar la vela de esperma. En seguida, las hormigas tostadas con sabor de pimentado bombón inglés fueron la delicia de un cuarto de hora. La sed comenzaba a atormentarle, y sacudió la puerta enérgicamente. Quería salir al río a bañarse en el remanso de la orilla como los niños del país; pero Jenaro Valdivián había asegurado la cancela de cañas con la caparazón de una inmensa tortuga muerta. El Hércules de siete años gritó en lenguaje conivo:

—¡Yacu-Mama, Yacu-Mama!

En el río, unas fauces tremendas emergieron del agua con un bostezo lento. La obscura lengua en horqueta bebió todavía con molicie la frescura del agua torrencial. Poco a poco el cuerpo de la boa fue surgiendo en la orilla con un suave remolino de hojas. Tenía cinco metros, por lo menos, y el color de la hojarasca.

El niño batió palmas y gritó alborozado cuando la espléndida bestia vino a su llamado retozando como un perro doméstico, pues es en realidad el can y la criada de los niños salvajes. Solo quienes no han vivido en el oriente del Perú ignoran qué generosa compañera puede ser si la domestican manos hábiles. A nadie obedecía como al minúsculo tirano, jinete de tortugas y boas, que le enterraba el puño en las fauces y le raspaba las escamas con una flecha. De un coletazo la bestia rampante disparó la concha de la puerta y entró meneándose con garbo de bailarina camp.







Jenarito gritó riendo:

—¡Upa!

La boa lo enroscó en la punta de la cola para elevarlo hasta el techo de la cabaña; pero de pronto volvió la cabeza airada hacia la selva. Se irguió en vilo como un árbol muerto. Por sus escamas pasaba un crujido eléctrico y la cola empezó entonces a latiguar el suelo de la choza con espanto del guacamayo azul y verde que estaba columpiándose en su cadena. Inmóvil, con los ojos sangui-nolentos, parecía escuchar, en el profuso clamor de la arboleda, algún susurro conocido. Los monos en la distancia chillaron estre-pitosamente. ¿En qué rincón cercano había muerto un árbol? Su turba de aves sin abrigo iba buscando otro alero en el hervidero de la selva poblada, sobre la rotunda fuga del río. Era preciso tener oídos de boa para percibir en tal estruendo el leve rasguño de unas garras.

El tigre de la selva entró de un salto, se agazapó batiéndose ra-biosamente lo ijares con la cola nerviosa. Como una madre bárba-ra, la boa preservó primero al niño derribándole delicadamente en un rincón polvoriento de la cabaña. La lucha había comenzado, silenciosa y tenaz como un combate de indios. El felino saltó a las fauces del adversario, pero sus garras parecieron mellarse, y por un minuto quedó envuelto en la red impalpable que hizo crujir las costillas. Una garra había destrozado la lengua serpentina y la boa adolorida deshizo el abrazo por un minuto para volver a enla-zar otra vez. Un alarido resonó, acabando en un jadeo abrumado. La sangre salpicaba de un doble surtidor y ya solo se divisó en el





suelo un remolino rojo que fue aquietándose hasta quedar convertido en una charca inmóvil de sangre negra.

El niño lo había mirado todo, con un terror obscuro primero, con alegría de espectador después.

Cuando, seis horas más tarde, volvió Jenaro Valdivián y comprendió de una mirada lo pasado, abrazó al chiquillo alborozadamente, pero en seguida, acariciando con la mano las fauces muertas de su boa familiar, de su criada bárbara, murmuraba y gemía con extraña ternura:

¡Yacu-Mama, pobre Yacu-Mama!

Ventura García Calderón



# Yacurunas

**N**os voltean la cabeza, y ya no podemos mirar por adelante. Se mira siempre para atrás. Todo se invierte. Ellos nos voltean la cabeza para no encontrar nunca el camino de regreso —decía don Joaquín Ayme contando la historia de su hijo, que había sido llevado por los yacurunas para habitar en las profundidades del río.

Carlos Ayme había desaparecido en un lugar llamado El Gallito, allí donde el río hace muyuna como inmensas bandejas, remolinos que tragan a las canoas, a las lanchas y a las balsas.

Es por eso que hay días en que se ven lanchas que salen de las muyunas, canoas y luces que se encienden —contaba don Joaquín Ayme.

Tienes que tener mucho cuidado cuando viajes por el río, no te vayan a robar las yacurunas como a Carlos Ayme —me decía mi abuelo cada vez que viajaba por el río Iquitos.

Un día los padres de Carlos Ayme quisieron conversar con su hijo y preguntarle cómo le iba en el fondo del río.





Llamaron a don José Gómez, el “Banco” de los brujos, el mejor de todos los brujos.

Tomó su purga de ayahuasca y cantó las bubinzana, y también icaró a los malos espíritus. Nadie se había dado cuenta de que Carlos Ayme había estado ya sentado junto a su padre.

—Tu padre quiere saber cómo estás viviendo en el agua y si quieres volver a la tierra —le preguntó el brujo.

—No quiero regresar al mundo de la tierra. Ahí abajo se vive feliz —contestó.

—¿Cómo has venido desde el fondo? —preguntó don Joaquín.

—Hay una puerta por donde solo podemos pasar los elegidos. Nos montamos en bufeos, saltones, boas o lagartos y venimos del fondo —dijo Carlos Ayme.

—¿Hay más gente como nosotros? —preguntó el brujo.

—Hay mucha gente allí abajo. Son bufeos colorados, cuidan a los yacurunas y las bufeítas, las challua bufeítas, son las mujeres de los bufeos colorados que quieren traer siempre más gente al fondo del agua, pero las bufeítas se ponen celosas y mantienen a flote a los que quieren ahogarse —contó Ayme.





Hablaba con una voz como la lluvia, y su ropa era verde, como los zorrpales de las conchas. Cuando pasó el efecto de la ayahuasca, Carlos Ayme desapareció, pero vuelve a la tierra cada vez que lo llaman con la purga.

Mi abuelo tenía una chacra en la banda, en la otra orilla del río Amazonas, frente a Tamishiyacu. Se llamaba Santa Julia. Era una chacra abierta en un renacal. Esos árboles que devoran a otros árboles y que tienen raíces grandes como las colas de peces gigantes. En los renacales se forman siempre las tahuampas, cochas de aguas negras donde viven las boas, los chullachaquis y también los yacurunas. Los renacales tienen madre.

Un día mi madre, cuando era muchachona, bajó por el puerto de Santa Julia.

—Había una mujer en el puerto. Muy hermosa. Estaba sentada en la balsa. Me guiñaba, me cerraba los ojos y me decía ven, ven —decía mi mamá.

—¡Quién eres tú? —le preguntó mi madre.

—Ven, ven —contestó la mujer.

Mi madre nunca había visto una mujer tan hermosa. Se fue corriendo a avisar a mi tío que en el puerto estaba una mujer que







la llamaba y le decía ven. Cuando llegaron al puerto, la mujer se tiró al agua y desapareció.

—La yacuruna te ha querido llevar a vivir en su reino —le dijo mi tío a mi madre.

Mi madre ha soñado muchas noches con peces, bufeos, saltones, y soñaba que viajaba al fondo del río, un reino cristalino como la lluvia, y la mujer hermosa decía en su sueño ven, ven, ven. Una tarde mi tío le pescó a mi madre que estaba queriendo irse al río, al fondo. Entonces llamaron en la noche a Oroma para que le cure a mi madre. Oroma le icaró con su sharuto, su cigarro de tabaco negro mezclado con cachaza, y mi madre dejó de soñar en el reino del fondo del río y dejó de escuchar la voz que le decía ven, ven.

Frente a Tamishiyacu hay una poza en el río, una poza profunda adonde solo se llega en sueños. Allí se han hundido lanchas grandes en los días de lluvia. Yo creo que allí hay una ciudad de los yacurunas. Hay noches en las que las lanchas salen del agua haciendo grandes remolinos y se ponen a navegar. Una noche bajamos con mi primo al puerto, y vimos una lancha iluminada, llena de pasajeros. Escuchamos la voz de la gente y los golpes de los martillos en la sala de máquinas. A veces los navegantes en sus botes y canoas ven estas lanchas y se acercan; siguen a la lancha. Entonces la lancha se hunde haciendo muyunas y se lleva a los botes y canoas al fondo del río.





Me acuerdo mucho de Chivilo Huaratapayra, que vivía en la isla de Huacaraico, en el río Ucayali. Chivilo estaba enamorado de la Josefa Murayari, que vivía en la otra banda del río, frente a la isla. Todos los días, con lluvia o sin lluvia, al atardecer, Chivilo agarraba su canoa y chimbaba a la otra orilla. Una tarde, a eso de las seis, Chivilo bogaba en el centro del río. Bogaba rápido porque el cielo estaba oscureciéndose mucho y bucilaba en el cielo el resplandor del rayo. De un momento a otro sintió como que su canoa se detenía, que se paraba. Pensó que la quilla se había enredado en la huama, esas plantas acuáticas que en las épocas de creciente del río bajan arrastradas por la corriente como si fueran pequeñas islas. Se imaginó también que algún tronco de shihuahuaco se había atravesado en su camino, y pensó que sería necesario nadar para empujar la canoa para no seguir a la deriva del shihuahuaco. Se imaginó y pensó todo eso en un segundo y miró atrás, a la popa de su canoa. Se quedó como mudo, sin poder decir ni ay, al ver en la popa de su canoa a una mujer sentada, diciéndole con los ojos ven, ven.

—Chivi, apúrate, ya va llover —llamó Josefa Murayari.

—Ya voy —gritó Chivilo y volteó la cabeza para mirar a Josefa.

La voz de Josefa cortó el embrujo, el encantamiento. Si no es por esa voz, Chivilo estaría ahora en el reino de los yacurunas que lo querían llevar —dijo el brujo que icaró a Chivilo esa misma noche.





Mi abuelo tenía un boga que se llamaba Paito Tapullima. Era un hombre joven, de veinte años, medio cojo porque tenía un chupo en la nalga y no podía sentarse bien derecho. Siempre estaba de costado. Decía que Paito había buscado trabajo en el fundo de mi abuelo porque estaba enamorado de mi madre, que era joven casadera. Mi abuelo sabía que Paito quería casarse con mi madre y por eso un día le dijo:

—Vamos a Iquitos en mi batelón. Si sabes bogar te has de poder casar con mi hija. Pero te falta aprender otras cosas; tarrafear y remendar la tarrafa, hacer canoas, hacer chacras, afilar bien las herramientas y que no se desafilen fácil, todo eso tienes que aprender.

Bajando a Iquitos por el río Amazonas, Paito Tapullima iba en la popa del batelón, conversando con mi abuelo, riéndose, mirando a mi abuelo, cuando Paito se cae al agua, como si alguien le hubiera agarrado de la camisa y jalado al agua. Nunca más le encontraron, aunque le buscaron con otras canoas, y los mejores buceadores de Tapira y Tamishiyacu.

Una noche mi abuelo soñó que Paito Tapullima había vuelto de un viaje muy largo, por un camino que parecía sus ropas de zorrapa verde como la huama de la cocina.

—Don Alejandro, ya no me busquen, porque estoy en un lugar muy hermoso y no quiero regresar más. Aquí hay mujeres más





bonitas que tu hija Desideria y yo tengo varias mujeres con colas de pez —le había dicho Paito Tapullima a mi abuelo en sueños.

Al día siguiente mi abuelo se fue a Tapira, y le dijo a su compadre Oroma, el Alto Meraya:

—Compadre, anoche me ha hecho soñar mi peón Paito Tapullima que vive con los yacurunas. Me ha dicho que allí hay mujeres más bonitas que Desideria, con quien se quería casar —dijo mi abuelo.

—¡Uy, uy, compadrito. Hay que icarar a Desideria, porque si no lo van a querer robar los yacurunas —dijo Oroma.

Esa misma noche llevaron a mi madre a Tapira para ser tratada por Oroma.

Un día mi abuelo me dijo:

—Llama a Luciano Chinchipe, y vamos a buscar huevos de taricaya en la playa.

A mí me gustaba ir a la playa y remover la arena buscando los nidos y los huevos de esas tortugas fluviales. Por eso, corriendo, fui a buscar a Luciano en la chacra de arroz. En un bote mediano salimos. Mi abuelo dirigía la canoa en la popa, era el popero. Luciano jalaba con una soga de yute desde la playa y yo corría en la arena buscando nidos y huevos de taricaya. En eso que estoy



corriendo veo un pajarito. Era mansito. No volaba. Pero cuando estaba por agarrarle se iba de las manos. Por fin le e agarrado y le he encerrado entre mis manos. Era un pajarito teretaño, con plumas grises salpicadas de blanco, y sus ojos, nunca he visto unos ojos de pájaro así; eran como los ojos de un muchachito lloroso y triste. Estaba mirando en los ojos, cuando el pajarito desapareció de mis manos, que seguían cerradas. Me he asustado y he corrido a decirle a Luciano Chinchipe, y con él empezamos a buscar al pajarito, que no estaba por ninguna parte. En eso que estamos buscando empiezo a sentir mareos, me tiemblan las piernas y comienzo a vomitar. Luciano llamó a mi abuelo, y cargado me subieron al bote. Yo estaba como muerto, botando espuma por la boca. Me llevaron de frente donde Oroma, y él me sopló con su tabaco negro; me icaró cantando sus canciones para el embrujamiento.

—El yacuruna le ha querido llevar —dijo Oroma a mi abuelo.

Otro día, siendo ya hombre, me fui al renacal a cortar raíces, aletas de renaco, como decimos nosotros en la Amazonía. Había llevado a cinco muchachos. Mientras yo buscaba las aletas anchas para hacer mesas, los muchachos empezaron a cortar con sus machetes los renacos golpeaban los árboles, gritaban, hacían mucha bulla en el monte. No sé de donde apareció una serpiente como de dos metros, con una cola que giraba como un aspa. Yo también agarré un palo y lo tiré. Al sentir los huicapazos que le tirábamos, la serpiente subió a la parte más alta del renaco, casi a la copa, y de allí miraba. Le dejamos allí. Yo terminé de sacar



las aletas que buscaba y volvimos a Tapira. En la noche sentí un fuerte dolor en la pierna. Esa noche casi no he podido dormir.

Al día siguiente, mi pierna amaneció negra. Yo me preguntaba ¿qué me ha pasado? Me acordaba de que no había sufrido ningún golpe, ningún animal me había mordido, nada había tenido en mi pierna. Me pusieron una inyección, y mi pierna se puso más negra. Ya no aguantaba el dolor. Entonces consulté a Ramón Sánchez, un brujo muy conocido.

—Te ha embrujado el chullachaqui en el renacal —me dijo.

Le conté todo, la serpiente que habíamos visto, la bulla que hicieron los muchachos en el renacal, los cortes que hicieron en los árboles, los huicapazos a la serpiente.

—La serpiente era el chullachaqui, la madre del renacal. A esos árboles no se molesta, su madre se enoja —me dijo.

Me sopló en la noche, me icaró. Me hizo fumar también su tabaco fuerte, su siricaipi. Me hizo vomitar. Me dijo después:

—Regresa ahora mismo al mismo lugar. Junta las hojas del renaco, del renaco herido por los golpes y los machetazos. Prepara tu té con esas hojas y toma todo el día.





Me pasó el dolor y la hinchazón en un solo día tomando el té de hoja de renaco.

Otro día he vuelto al renacal solo, y caminaba sin molestar a los árboles que crecían en la orilla del río. El río había bajado, y se veía la señal que había dejado, barro y mariposas que chupaban la humedad. Estaba mirando el río cuando veo que por la orilla cenagosa viene un hombre con trusa y camiseta. Me he preguntado ¿a dónde vendrá? Para llegar a la orilla ha tenido que venir en una canoa, y en el río no había ninguna.

—Buenos días, señor —le dije.

—Buenos días —contestó sin mirarme.

Era un hombre colorado y de ojos rojos. Se metió entre los renacos y desapareció. Me he quedado esperando, mirando a qué hora salía, porque tenía que salir para volver por donde había venido, era el único camino; porque el camino del renacal era un camino que no llevaba a ninguna parte; mejor dicho que los cristianos no podían seguir. Era un inmenso tahuampal de aguas negras, donde hervían las anacondas y toda clase de serpientes. ¿Quién se mete allí? Solo el chullachaqui, la madre del recanal.

Estaba pensando eso, y no sé por qué mi vista se ha empezado a nublar. Veía todo rojo, parecía que mi ojo se había cubierto de una capa roja. Todo era de color rojo: los árboles, el río, las hojas, el cielo. Plom, plom, plom, sonó en el río, y veo tres bufeos colo-





rados, que son los más grandes delfines del río. Dando volantines, saltando y jugando se han ido acercando a la orilla y me miraron. Sus ojos eran grandes, parecían de seres humanos. No había visto nunca ojos tan grandes de bufeos. Yo también les he mirado, y así mirándoles se hundieron en el agua y se fueron.

Un poco más tarde pasó un pequepeque, una lanchita. Llamé y atracó. Comencé a embarcar las raíces de renaco que había cortado, y estaba haciendo eso cuando una raíz se cayó al fondo del río. ¿Cómo hago? Porque tenía miedo de bucear después de haber visto los ojos de los bufeos colorados. Entonces agarré un palo largo con un gancho en el extremo y con eso empecé a buscar hasta dar con mi raíz. Volvimos a Pucallpa.

En la noche tuve un sueño raro. Había vuelto al mismo lugar, a la orilla del Ucayali. Estaba mirando el río. Al otro lado del río había unas playas secas que reverberaban a la luz del sol. De repente, he visto que un bufeo salta en el mismo lugar donde había caído la raíz. Saltó el bufeo, y en el aire se convirtió en un hombre, en un hombre muy viejo. Su ropa era muy blanca y su pelo también era blanco y largo, como su barba. Ha comenzado a caminar sobre el agua sin mojarse y ha venido en mi dirección. Estando cerca a mi lado he visto sus manos manchadas, como las del bufeo colorado, manchas rojas y blancas.

—Buenos días, señor. ¿Usted vive en el agua? —le pregunté.

—Sí —me contestó.



—¿Cómo es la vida allá? —le dije.

—Igual que aquí. También hay pueblos y hombres —dijo.

Le he visto sus ropas, muy limpias. Sus piernas también eran muy limpias y rosadas, como de un llullito, de un bebito de una semana de nacido.

—¿De qué religión es usted? —le pregunté.

—Nosotros en el mundo del río guardamos la fecha 19 de cada mes. Es el día sagrado del río, el día en que la tierra se puso de cabeza, se volteó y nació el mundo de abajo, del río. Ese día solo hacemos una cosa: miramos el mundo de arriba, esperando que un día también ha de venir hacia abajo para ser un solo mundo —dijo.

Me quedé como mudo, sin poder hablar.

—Bueno, nunca te olvides del 19. Te he de ver en el mundo de abajo —me dijo.

Caminó en el agua sin mojarse. Ha dado un salto y en el aire se convirtió otra vez en bufeo y cayó de cabeza en el agua y desapareció.



Era el amanecer. Parecía que verdaderamente hubiera sido algo real. Le conté a mi mujer.

—No estés caminando solo por el río, vete siempre con alguien —me dijo.

En la noche le he contado al brujo Ramón Sánchez.

—Quieren ayudarte y también quieren llevarte a vivir con ellos. La madre de los renacos son las boas, los yacurunas, los chullachaquis. Ellos son los que dominan ese mundo. Nosotros nos comunicamos con ellos. Para eso hay que dietar. Hay que tener buen espíritu. Yo he dietado remocaspi, que cualquiera no lo toma porque es muy fuerte; solo lo toman los verdaderos hombres. También he dietado el tabaco en marzo. Se diluye el tabaco en un poquito de agua, se pone en una tacita, se corta el tronco de remocaspi y se mete esa tacita dentro del remocaspi. A los quince días se vuelve y en la tacita se encuentra una hervidera de gusanitos. Eso se toma —dijo el brujo.

Siguió contando:

—Me he sentado en el mismo remocaspi y he empezado a tomar. En un momento ya estaba en la cumbre de un árbol, sentado allí en una rama con las piernas cruzadas. Venían luego unos hombres bien altos, como los árboles de la selva, con una cabeza como sandías enormes, esas sandías primerizas de las playas del río. Empezaron a cantar, y la música se metía en mis oídos, en









mi alma. Esas canciones nunca más se olvidan; se graban en el alma del hombre. Cuando queremos curar a alguien, cantamos esas canciones, y entonces, al escuchar esa música, vienen a ayudarnos los mejores médicos, esos que se han ido a vivir al fondo del río, y que también dominan los renacales. Ellos nos dicen qué enfermedad tiene ese hombre o esa mujer y nos indican qué remedio hay que darles a los enfermos.

Don Ramón tiene setenta años ahora. Su hijita menor tiene cinco años. Él dice que seguirá teniendo más hijos porque ellos se irán alguna vez al fondo del agua.

—Él remocaspi y el ayahuasca conservan a la persona, le dan bastante vigor. Les hacen ver las cosas que otros no pueden ver, cosas que están detrás de las cosas que nosotros vemos a simple vista —dijo don Ramón.

Un día me llevó a tomar ayahuasca, la soga de los muertos. Hemos llegado a su pequeño tambo, en plena selva, y allí esperamos la noche. Lo que más recuerdo, antes de tomar el ayahuasca, son sus canciones. Son maravillosas, y creo que nunca nadie podrá imitar esas canciones. Cantaba y bailaba. Apagó su lamparín. Yo empezaba a sentir como luces que atravesaban mi cuerpo, como cometas que pasaban más rápido que el vuelo del picaflor. Después de un ratito, he visto que venía hacia mí un hombre bajito, de unos setenta centímetros de altura, grueso y con la cabeza cuadrada. Me miraba con ojos de fuego, porque sus ojos eran rojos, dos carbones encendidos que ardían. Me he reído al ver al hombrecito. Mientras me reía, el hombrecito ha empezado a cre-



cer. Ha sacado la lengua y ha botado fuego por la boca, pensando que me iba a asustar. Yo no me he asustado, y seguía riendo, y ahora, también estaba llorando. De sus costillas crecieron como dos espadas de colores, como dos lenguas de fuego; salían y se metían otra vez. Fue una larga batalla con el hombrecito que se había convertido en gigante, y que quería incendiarme, pensando que me iba a quemar como si fuera una selva seca en verano.

—Majadero que eres —me dijo don Ramón al amanecer.

—¿Por qué, don Ramón? —le pregunté.

—Los yacurunas te tienen miedo, te respetan. Algún día serás uno de ellos. Te irás al fondo del río —me dijo, y yo me quedé pensativo.

Róger Rumrill García



# Pelejo

En cuanto se abrieron sus ojos a la luz, posó brevemente su mirada vacía en las cosas que le rodeaban. Columbró un árbol de hojas muy tupidas y tiernas de un color verde muy oscuro, y al instante experimentó la atracción sutil de lo apetitoso. Era lo que ocurrió a pelejo, más conocido con el nombre irónico de perico ligero, a poco de haber nacido.

Lentamente, dominado por invencible dificultad de mover sus miembros, avanzó seguido de su madre, que extendía y flexionaba su elástico pescuezo para fijar su cara, inexpresiva como una máscara, en diversas direcciones: adelante, atrás, a los lados, siempre de frente sin mover su velludo cuerpo.

En cuanto hubo llegado pelejo al árbol se abrazó al tronco y subió muy lentamente, prendiendo en la corteza sus afiladas uñas en gancho. Paso a paso extendió los brazos afianzándose en el tupido follaje. A peleja madre no le fue necesario verlo ascender para dar por terminada su misión, y con su habitual lentitud, se alejó del lugar en busca del árbol propicio que le permitiría reiniciar su vida arbórea sumida en profundo sueño, del cual despertaría a la lucidez plena al escuchar otra vez el reclamo del macho al comenzar las copiosas lluvias de invierno.







Oteando el gavilán desde su alto sitio, la superficie del suelo y el mundo de ramajes, lianas y hojarasca con la tenacidad del carnívoro que trata de descubrir una presa, observó la actitud desnaturalizada de peleja.

—¡Abandonar a su cría a poco de haber nacido! ¡Qué madre!

—¿Te gustaría comerlo? Mira que ese cachorro es indefenso —le dijo el búho sugerente y reflexivo.

—¡Puf! ¡Eso no lo come nadie! No tiene carne, ni sangre ni parece tener huesos. Solo tiene fibras.

Pelejo se llenó la boca, provista de fuerte dentadura lateral, de las jugosas hojas que estaban a su alcance. Era el primer bocado que probaba en su vida. No le supo mal, y luego de la deglución se acentuó su innata modorra. Se abrazó a la rama que le sustentaba y se quedó profundamente dormido asumiendo la apariencia de una gran protuberancia de la rama. Su cuerpo, privado de la tensión que asegura el equilibrio, se deslizó, dio vuelta sujeto por sus largas patas y quedó colgado de la rama como un simio. Sucesivamente, tras largos intervalos, fueron otra del mismo lado. Las uñas de los otros miembros se prendieron fuertemente en la corteza, y quedó el animal con todo el cuerpo colgando en el vacío. En esta grotesca y difícil posición siguió dormido hasta que el acicate del hambre lo despertó. Ni aun entonces hizo el menor esfuerzo por sustraerse de su incómoda postura, dándose por satisfecho con aproximar su hocico a las hojas que le eran necesarias para satisfacer su voracidad.



Así creció pelejo, pasando de la modorra a la vigilia solo para saciar su hambre. Al despertarse miraba un momento con sus ojos inexpresivos el punto que tenía delante, devoraba cantidades de hojas, y volvía a sumirse en su mundo sin auroras ni inquietudes.

Mas, pronto llegó a descubrir que su árbol estaba pelado. Su voracidad había agotado el follaje. Obligado a trasladarse a otro para continuar su vida arbórea, vio que le era indispensable descender desde una considerable altura. Se le erizó el cuerpo al apreciar el enorme esfuerzo que iba a realizar. Optó por el menor esfuerzo, o mejor, por el ningún esfuerzo. Se desprendió de su rama y cayó sobre la mullida hojarasca en tremendo impacto.

Un tigre, uno de esos que aún no conocen las experiencias del trato de los felinos con la fauna, escuchó el alarmante choque. Lleno de curiosidad se acercó cauteloso, a tiempo para presenciar la rara transformación de un gran ovillo de pelambre gris a un animal que muy fresco extendía sus largas patas y emprendía lenta caminata. No había visto hasta entonces nada semejante. Partió veloz con el propósito de informarse si ese animal, manifiestamente inofensivo, podía servirle de festín. No encontró a sus congéneres. Ya había anochecido cuando volvió en pos del raro animal, y lo que encontró fue una especie de nido de termitas, que antes no estaba allí, despidiendo llamaradas de fuegos fatuos. Atrevido como todos los tigres jóvenes, se acercó cauteloso, extendió su zarpa y tocó una cosa suave y blanda que se desenroscó tomando la forma de perico ligero. El tigre retrocedió dándole paso. Esa lentitud le contenía, pues estaba acostumbrado a los hechos violentos y a las determinaciones instantáneas. Pe-





lejo desapareció tras los árboles y las sombras con su abundante pelambre plagado de parásitos fosforescentes que se le prendían durante su estatismo habitual.

Los felinos llevan en sí el instinto del ataque: matan porque sienten permanentemente el acicate del hambre. Su regla es simple: todo lo que tiene plumas, o lo que tiene cerdas y se mueve, es grato al paladar.

Pero esta vez se equivocó. Vencidos sus temores iniciales embistió con su natural violencia. Pelejo no hizo más que tenderse de espaldas en el suelo y alargar sus patas, entre las cuales, creyendo que su víctima se le rendía, se arrojó el tigre imprudentemente, con el fin de rematarlo haciendo presa en el pescuezo. Las garras y los colmillos le resultaron esta vez impotentes contra ese cuerpo de palambre esponjosa, músculos elásticos, impenetrables.

Al encontrar resistencia el tigre suele retroceder y dar un saldo para atacar a su víctima con más brío por las partes que cree vulnerables. Esta vez no pudo hacerlo: estaba aprisionado en un abrazo mortal. No era que las patas del pelejo fueran más poderosas que las del tigre; eran débiles en comparación, solo que tenían la particularidad de terminar en corvas y afiladas uñas en gancho que sujetaron al felino, penetrándole más hondo en el cuerpo cada vez que se expandía en sus esfuerzos por desasirse.

Pelejo desconocía el arte de la supervivencia en la selva, que consiste en ser diestro en el ataque y en la defensa. Las uñas juntas y





afiladas solo le servían para afirmarse en las ramas y dormir sus largas siestas confiado en ellas.

Aquel día se produjo uno de lo más tremendos combates de la selva, rayano, sin embargo, en lo absurdo: el animal más inofensivo resultó venciendo al más feroz e invicto de la jungla.

El tigre luchó tenazmente por su vida. Daba saltos inverosímiles, corría, se revolcaba, subía a los árboles y se dejaba caer sin que esa especie de cáncer se desprendiera de su cuerpo o cesara de seccionarle los músculos. La selva retumbó con sus rugidos, y los animales supusieron al escucharlos que el omnipotente tigre, a quien nadie osaba desafiar, estaba en dificultades.

Cuando el tigre se dispuso a morir, extendiéndose laxo sobre el pecho de su inofensiva victimaria, las uñas fueron desprendiéndose sin que pelejo hiciera el menor esfuerzo. Luego, desembarazándose de su atacante agónico, fijó por un instante su mirada en ese conjunto de arbustos abatidos sin darse cuenta cabal de lo que allí había ocurrido y partió con su lentitud habitual paso a paso a continuar su vida arbórea.

Cierto día, unos cazadores venidos de otras tierras en plan turístico, atraídos por los ladridos de los perros, descubrieron la figura de perico ligero pegado a una rama. Se dejó capturar sin oponer la menor resistencia. Tal era su mansedumbre. Lo condujeron al pueblo cercano en el cual estaban hospedados, y donde aquel día se realizaba una fiesta dominguera. La gente se alarmó en el acto.





Varias mujeres huyeron despavoridas, y la gente se enfureció contra los cazadores.

—Son cazadores de otras partes que ignoran lo peligroso que es pelejo —informó alguien.

La gente se calmó un tanto.

—Qué, ¿no saben que el pelejo deforma a los seres que están por venir al mundo? ¿No saben que nacen contrahechos, con las contorsiones y la imbecilidad del pelejo? ¡Hay que matarlo antes de que haga daño!

—Qué superstición más estúpida! —gritó uno de los cazadores.

Varios individuos exaltados pasaron un lazo por el pescuezo de pelejo, el cual no tardó en expirar dando una mirada angustiada a quienes le acribillaban a balazos.

Arturo Hernández



## La casa del diablo

El viaje es de lo más simple y placentero —me había dicho el alcalde de Catalina con optimismo irresistible. Todo es de bajada. Toma usted el centro del río y empieza a silbar la canción que más le agrada. La fuerza de la corriente se encarga de conducirlo sin que de su parte tenga que hacer el menor esfuerzo. Pernocta en Angeloyuc, y al día siguiente sale al Ucayali.

Quedé convencido. Empecé de inmediato viaje hacia Tierrablanca. Iba solitario en una canoa a causa de que nadie quiso acompañarme: el pueblo estaba en vísperas de la fiesta patronal, y ninguna persona se hallaba dispuesta a perder los días de alegría desbordante que incluían villancicos, procesiones, jaranas y borracheras, alimentación abundante y gratuita a costa de los buenos cabezones, esas personas devotas, notables del lugar, que se suceden todos los años para sufragar los gastos de la celebración. Catalina era el único pueblo del llano amazónico sujeto a las costumbres impuestas por los antiguos misioneros que la fundaron hace tres siglos, y discurre su aislamiento secular en un paraje situado en la gran llanura apenas explorada que separa los ríos Huallaga y Ucayali.

Anocheció. Las sombras proyectadas por la exuberante vegetación que margina las orillas dejaban una angosta faja de pálida claridad, reflejo de un cielo plomizo, que marcaba el centro del



río, camino móvil que me conducía a mi destino. Pasaron las horas. Al filo de la medianoche, tras un recodo, se perfiló el borroso contorno de una casa. Creí haber llegado a Angeloyuc.

Atraqué. Allí no había el menor vestigio que indicara el paso del hombre. Lo más transitado en esos apartados y solitarios puestos gomeros, a lo largo de las vías fluviales, es precisamente el puerto. Por allí se intercambian las comunicaciones, el contacto con el mundo exterior, toda la actividad de los ribereños. Salté a tierra y sufrí la influencia de algo indescriptible que crispó mis nervios y ofuscó un tanto mi entendimiento. Sin embargo, allí nada había que justificara el fenómeno. Mas, como tenía que pasar el resto de la noche en ese lugar o aventurarme adelante donde el río se precipitaba en grandes remolinos y las canoas naufragaban en la obscuridad, opté por quedarme. ¡Tantas veces había pernoctado en lugares abandonados! No tenía otra alternativa.

Subí. Bajo la difusa claridad de una noche sin estrellas se abría un patio cubierto de plantas rastreras en cuyo extremo se levantaba una casa asfixiada por lianas. Mi cuerpo empezó a crecer, a expandirse, a expandirse... Tenía la impresión de que unos ojos inmensos me miraban desde la espesura, sugestivamente quieta y silenciosa, un silencio que aterraba. Toda manifestación de vida parecía haberse extinguido. El canto, el arrullo, el rumor, la algarabía, es decir, las voces de la selva, estaban enmudecidas.

Después, fue así como sumirse en un estado letárgico. Había penetrado peligrosamente bajo la noche en el misterio de ese mundo primitivo en que todo es posible. El patio, en metamorfosis





inexplicable, se tornó limpio, la casa acogedora. Subí los escalones rechinantes, avancé por la plataforma abierta que dejaba entrever la negra entraña de la jungla y seguí hacia la habitación que se distinguía en el fondo. Mis pasos resonaban lúgubres. La habitación carecía de puerta, y en el interior se proyectaba una tarima adosada a la pared. Alumbrado por un cabo de vela, como un autómatas, me dispuse a preparar mi lecho: gruesa manta a manera de colchón y mosquitero de gasa transparente. Todo lo llevaba en una bolsa de viaje engomada. El hilo de mis ideas se esforzaba en romper la fuerza que le aprisionaba y las imágenes huían inaccesibles.

En cuanto me hube acostado apagué la vela con el vago propósito de dormir el resto de la noche. De pronto se escucharon pasos lentos y pesados como los de un robot que subía. Siguió avanzando por el piso crujiente, vi un cuerpo monstruoso, informe, cubriendo el vano de la puerta de entrada... ¡y penetró en el interior! El peligro retornó mis facultades, pero estaba paralizado por el terror. Mas, cuando ese enorme bulto llegó hasta el lecho y levantó el mosquitero proyectando su cabeza espectral en la densa penumbra, pegué un grito y extendí el brazo buscando, en impulso instintivo, la caja de fósforos.

Debo declarar que tengo la mala costumbre de no saber dónde pongo las cosas. Hasta hoy nunca he podido sustraerme al empleo de gran parte de mi tiempo buscando lo que puse en alguna parte. Pero en aquella noche mis manos cayeron providencialmente sobre la caja de fósforos. Tal vez fue un segundo el empleado en prender un palillo. Se proyectó la luz, y al instante el mosqui-



tero levantado cayó sobre el lecho. Lentamente, sin precipitarse, como quiera que tratara de acabar con su víctima por el terror, ese ser monstruoso empezó a retroceder. Sus pisadas resonaron en el piso y bajaron la escalera. En tanto, al borde de la locura, había yo logrado prender el cabo de vela.

Estoy seguro de que en cualquier otra parte del mundo habría seguido al monstruo —o lo que fuese— armado del machete que llevaba, listo para el ataque. El terror me hubiese dado fuerzas para enfrentarme al peligro con ese impulso racional que nos lanza a desenmascarar todo aquello que se presenta bajo el aspecto de lo sobrenatural. Pero en esas soledades donde uno nace y vive bajo el imperio de supersticiones e influencias primitivas, y la realidad se deforma por el contagio de la magia y el mito, me encontraba aplastado, agónico, pendiente del cabo de vela que chisporroteaba acortándose con rapidez pavorosa; y, como un condenado a muerte, contaba los minutos, los segundos esperando que el cabo de vela se agotara, con la certeza de que ese vestigio infernal haría su nueva aparición. Apenas quedaban unos centímetros... no pude más y lo apagué para tenerlo como una reserva vital. Mas al momento los fatídicos pasos volvieron a resonar en la escalera.

No esperé más; con mano temblorosa volví a prender el cabito. Las pisadas retrocedieron hundiéndose en el silencio.







Con la mirada en la luz, esperaba el instante crítico de su extinción que me sumiría en las tinieblas, el pánico y la locura. En el fondo del silencio los latidos de mi corazón repercutían violentos, amortiguados. Como una evocación lejana desprendida de las páginas leídas, reproduje en mi memoria el cuadro del condenado en el cadalso, con el sacerdote prodigándole el consuelo de la religión. Recordaba la horca, el reo encogido, la soga ajustándose a su cuello... La luz se mitigó. La mecha pugnaba por seguir ardiendo en una manchita líquida.

Al borde de la locura me arrojé del lecho precipitándome afuera. En la plataforma exterior reinaba la claridad del amanecer. Sobre el recodo del río, brotó la primera de luz en el preciso instante en que la mechita se apagaba.



Ante mis ojos absortos todo se transformó. La casa, ahogada en lianas, se mantenía milagrosamente en pie, los pisos se sostenían apenas, y las plantas rastreras cubrían el patio.

Me embarqué apresuradamente, y, luego de atravesar tres o cuatro meandros de río, divisé varias canoas atracadas en la orilla. Era la indicación más segura de que el interior estaba habitado. Subí. Atravesando un macizo de árboles el caminito me condujo a un pequeño fundo. Del techo plomizo de la casa se levantaban densas columnas de humo. Los perros ladraban y el propietario, a quien conocía, vino a mi encuentro exclamando asombrado:

—¡Por Dios, qué cara de difunto trae usted! ¿De dónde viene tan temprano?

—De Angeloyuc... allá arriba.

—Esto es Angeloyuc. La casa de arriba fue abandonada hace muchos años. ¡Todos los que entraron en la Casa del Diablo, no volvieron a salir más!

Arturo Hernández



## Panki y el guerrero

Fue cuando el pueblo aguaruna supo de veras lo que es la muerte. Allá lejos, en esa laguna de aguas negras que no tiene caño de entrada ni de salida y está rodeada de alto bosque, vivía en tiempos viejos una enorme panki. Da miedo tal laguna sombría y sola, cuya oscuridad apenas refleja los árboles, pero más temor infundía cuando aquella panki, tan descomunal como otra no se ha visto, aguitaba desde allí. Claro que los aguarunas enfrentamos debidamente a las boas de agua, llamadas por los blancos leídos, anacondas. Sabemos disparar la lanza y clavarla en media frente. Si hay que trabarse en lucha, resistiendo la presión de unos anillos que amasan carnes y huesos, las mordemos como tigres o las cegamos como hombres, hundiéndoles los dedos en los ojos. Las boas huyen al sentir los dientes en la piel o caer aterradamente en la sombra. Con cerbatana, les metemos virotes envenenados y quedan tiesas. El arpón es arma igualmente buena. De muchos modos más, los aguarunas solemos vencer a las pankis. Pero en aquella laguna de aguas negras, misteriosa hasta hoy, apareció una panki que tenía realmente amedrentado al pueblo aguaruna.

Era inmensa, y dicen que casi llenaba la laguna, con medio cuerpo recostado en el fondo legamoso y el resto erguido, hasta lograr que asomara la cabeza. Sobre el perfil del agua, en la manchada cabeza gris, los ojos brillaban como dos pedruscos pulidos. Si cerrada, la boca oval semejaba la concha de una tortuga gigan-





tesca; si abierta, se ahondaba negreando. Cuando la tal panki resoplaba, oíase el rumor a gran distancia. Al moverse, agitaba las aguas como un río súbito. Reptando por el bosque, era como si avanzara una tormenta. Los asustados animales no osaban ni moverse, y la panki los engullía a montones. Parecía pez del aire.

Al principio, los hombres imaginaron defenderse. Los virotes envenenados con curare, las lanzas y arpones fuertemente arrojados, de nada servían. La piel reluciente de panki era también gruesa y los dardos valían como el isango, esa nigua mínima del bosque, y las lanzas y arpones quedaban como menudas espinas en la abultada bestia. Ni pensar en lucha cuerpo a cuerpo. La maldita panki era demasiado poderosa y engullía a los hombres tan fácilmente como a los animales. Así fue como los aguarunas no podían siquiera pelear. Los solos ojos fijos de panki paralizaban a una aldea, y era aparentemente invencible. Después de sus correrías, tornaba a la laguna, y allí estabase, durante días, sin que nadie osara ir apenas a columbrarla. Era una amenaza escondida en esa laguna escondida. Todo el bosque temía el abrazo de panki. Los mismos árboles recelaban de la implacable panki.

Habiendo asolado una ancha porción de selva, debía llegar de seguro a cierta aldea aguaruna donde vivía un guerrero llamado Yacuma. Este memorable hombre del bosque era tan fuerte y valiente como astuto. Diestro en el manejo de todas las armas, ni hombres ni animales lo habían vencido nunca. Siempre lucía la cabeza de un enemigo, reducida según los ritos, colgando sobre su altivo pecho. El guerrero Yacuma resolvió ir al encuentro de la serpiente, pero no de simple manera. Coció una especie de olla,







en la que metió la cabeza y parte del cuerpo, y dos cubos más pequeños en los que introdujo los brazos. La arcilla había sido mezclada con ceniza de árbol para que adquiriera una dureza mayor. Con una de las manos sujetaba un cuchillo, forrado en cuero. Protegido, disfrazado y armado así, Yacuma avanzó entre el bosque y llegó a orillas de la laguna. Resueltamente entró al agua mientras, no muy lejos, en la chata cabezota acechante, brillaban los ojos ávidos de la fiera panki. La serpiente no habría de vacilar. Sea porque le molestara que alguien llegase a turbar su tranquilidad, porque tuviese ya hambre o por natural costumbre distendióse hasta Yacuma y abriendo las fauces lo engulló. La protección ideada hizo que, una vez devorado, Yacuma llegara sin sufrir mayor daño hasta donde palpitaba el corazón de la serpiente. Entonces, quitóse las ollas de greda y ceniza, desnudó su cuchillo y comenzó a dar recios tajos al batiente corazón. Era tan grande y sonoro como un manguaré. Mientras tanto, panki se revolvía de dolor, contorsionándose y dando tremendos coletazos. La laguna parecía un hervor de anillos. Aunque el turbión de sangre y entrañas revueltas lo tenía casi ahogado, Yacuma acuchilló hasta destrozar el corazón de la sañuda panki. La sierpe cedió, no sin trabajo porque las pankis mueren lentamente y más esa. Sintiéndola ya inerte, Yacuma abrió un boquete por entre las costillas, salió como una flecha sangrienta y alcanzó la orilla a nado. No pudo sobrevivir muchos días. Los líquidos de la boa de agua le rajaron las carnes y acabó desangrado. Y así fue como murió la más grande, y feroz panki y el mejor guerrero aguaruna también murió, pero después de haberla vencido.





Todo esto ocurrió hace mucho tiempo, nadie sabe cuánto. Las lunas no son suficientes para medir la antigüedad de tal historia. Tampoco las crecientes de los ríos ni la memoria de los viejos que conocieron a otros más viejos. Cuando algún aguaruna llega al borde de la laguna sombría, si quiere da voces, tira arpones y observa. Las piedras aguas siguen quietas. Una panki como la muerta por el guerrero Yacuma no ha surgido más.

Ciro Alegría



# El barco fantasma

Por los lentos ríos amazónicos navega un barco fantasma, en misteriosos tratos con la sombra, pues siempre se lo ha encontrado de noche. Está extrañamente iluminado por luces rojas, tal si en su interior hubiese un incendio. Está extrañamente equipado de mesas que son en realidad enormes tortugas, de hamacas que son grandes anacondas, de bateles que son caimanes gigantes. Sus tripulantes son bufeos vueltos hombres. A tales peces obesos, llamados también delfines, nadie los pesca y menos los come. En Europa, el delfín es plato de reyes. En la selva amazónica, se los puede ver nadar en fila, por decenas, en ríos y lagunas, apareciendo y desapareciendo uno tras otro, tan rítmica como plácidamente, junto a las canoas de los pescadores. Ninguno osaría arponear a un bufeo porque es pez mágico. De noche vuélvese hombre, y en la ciudad de Iquitos ha concurrido alguna vez a los bailes, requebrando y enamorando a las hermosas. Diose el caso de que una muchacha, entretenida hasta la madrugada por su galán, vio con pavor que se convertía en bufeo. Pudo ocurrir también que el pez mismo fuera atraído por la hermosa hasta el punto en que olvidó su condición. Corrientemente, esos visitantes suelen irse de las reuniones antes de que raye el alba. Sábese de su peculiaridad porque muchos los han seguido, y vieron que, en vez de llegar a casa alguna, fuéronse al río y entraron a las aguas, recobrando su forma de peces.



El barco fantasma está, pues, tripulado por bufeos. Un indio del alto Ucayali vio a la misteriosa nave no hace mucho, según cuentan en Pucallpa y sus contornos. Sucedió que tal indígena, perteneciente a la tribu de los shipibos, estaba cruzando el río en una canoa cargada de plátanos, ya oscurecido. A medio río distinguió un pequeño barco que le pareció ser de los que acostumbradamente navegan por esas aguas. Llamáronlo desde el barco a voces, ofreciéndole compra de los plátanos, y como le daban buen precio, vendió todo el cargamento. El barco era chato, el shipibo limitóse a alcanzar los racimos, y ni sospechó qué clase de nave era. Pero no bien había alejado a su canoa unas brazas, oyó que del interior del barco salía un gran rumor, y luego vio con espanto que la armazón entera se inclinaba hacia adelante y hundía, iluminando desde dentro las aguas, de modo que dejó una estela rojiza unos instantes, hasta que todo se confundió con la sombría profundidad. De ser barco igual que todos, los tripulantes se habrían arrojado al agua, tratando de salvarse del hundimiento. Ninguno lo hizo. Era el barco fantasma.

El indio shipibo, bogando a todo remo, llegó a la orilla del río, y allí se fue derecho a su choza, metiéndose bajo su toldo. Por los plátanos le habían dado billetes y moneda dura. Al siguiente día, vio el producto del encantamiento. Los billetes eran pedazos de piel de anaconda y las monedas, escamas de pescado. La llegada de la noche habría de proporcionarle una sorpresa más. Los billetes y las monedas de plata, lo eran de nuevo. Así es que el shipibo estuvo pasando en los bares y bodegas de Pucallpa, durante varios noches, el dinero mágico procedente del barco fantasma.





Sale el barco desde las más hondas profundidades, de un mundo subacuático en el cual hay ciudades, gentes, toda una vida como la que se desenvuelve a flor de tierra. Salvo que esa es una existencia encantada. En el silencio de la noche, aguzando el oído, puede escucharse que algo resuena en el fondo de las aguas, como voces, como gritos, como campanas...

Ciro Alegría



## La sirena del bosque

**E**l árbol llamado lupuna, uno de los más originalmente hermosos de la selva amazónica, “tiene madre”. Los indios selváticos dicen así del árbol al que creen poseído por un espíritu o habitado por un ser viviente. Disfrutan de tal privilegio los árboles bellos o raros. La lupuna es uno de los más altos del bosque amazónico, tiene un ramaje gallardo y su tallo, de color gris plomizo, está guarnecido en la parte inferior por una especie de aletas triangulares. La lupuna despierta interés a primera vista, y en conjunto, al contemplarlo, produce una sensación de extraña belleza. Como “tiene madre”, los indios no cortan a la lupuna. Las hachas y machetes de la tala abatirán porciones de bosque para levantar aldeas o abrir caminos. La lupuna quedará señoreando. Y de todos modos, así no haya roza, sobresaldrá en el bosque por su altura y particular conformación. Se hace ver.

Para los indios cocamas, la “madre” de la lupuna, el ser que habita dicho árbol, es una mujer blanca, rubia y singularmente hermosa. En las noches de luna, ella sube por el corazón del árbol hasta alto de la copa, sale a dejarse iluminar por la luz esplendente y canta. Sobre el océano vegetal que forman las copas de los árboles, la hermosa derrama su voz clara y alta, singularmente melodiosa, llenando la solemne amplitud de la selva. Los hombres y los animales que la escuchan, quedan como hechizados. El mismo bosque parece aquietar sus ramas para oírla.



Los viejos cocamas previenen a los mozos contra el embrujo de tal voz. Quien la escuche no debe ir hacia la mujer que entona, porque no regresará nunca. Unos dicen que muere esperando alcanzar a la hermosa y otros que ella lo convierte en árbol. Cualquiera que fuese su destino, ningún joven cocama que siguió a la voz fascinante, soñando con ganar a la bella, regresó jamás.

Es aquella mujer, que sale de la lupuna, la sirena del bosque. Lo mejor que puede hacerse es escuchar con recogimiento, en alguna noche de luna, su hermoso canto próximo y distante.

Ciro Alegría





# Yacuruna

**F**inalizaba el crepúsculo. En la noche no era posible continuar la navegación. Los hábiles punteros, tripulantes de la canoa, habían “tangeado” desde la mañana, salvando con destreza los malos pasos y bordeando ágilmente los islotes de arena formados por la vaciante.

Nos encontrábamos bajando las aguas del Unini, silencioso y traicionero en la época de creciente, fanfarrón y bullicioso durante el estiaje.

Presentaba esa región desolado aspecto. A una y otra banda, erguíanse altos, blancos y esbeltos los seticos cual granaderos gigantes, alineados en las orillas como para impedir el acceso al audaz explorador que intentase el misterio interior de la selva. Nada denunciaba en ella existencia del hombre. Solo el ojo avizor y adiestrado del indio o del cauchero habrían podido descubrir entre el follaje marginal del río huellas de atracadero y de casas y chacaras en las alturas ribereñas.

Consistían tales huellas en grandes purmas, o sea manchas de vegetación juvenil que, resaltando entre la inmensidad de la espesura, había crecido espontánea y generosa en los lugares habidos antes, cual si tratase de ocultar piadosamente en su manto de



hojas aquel escenario de los sangrientos crímenes perpetrados años atrás por los implacables y vengativos campos.

Fue en otro tiempo esa región centro de actividad y de trabajo. Numerosas familias la habitaban, dedicadas a la extracción de la goma. Lanchas de vapor, aprovechando las corrientes, surcaban sus aguas, y subiendo hasta el Sepahua surtían de mercaderías a la población cauchera, recibiendo en cambio marfil vegetal, plumas de garza y oro negro.

Poco a poco el temor inspirado por la vecindad de los campos, moradores de los pajonales, fue desapareciendo. Con felina astucia se infiltraron entre los caucheros, prestándose dócilmente a los trabajos de recolección del látex y a las faenas agrícolas. Y en breve no fue extraño ver a los hombres de cushma en amable consorcio con los civilizados.

Un día, la revuelta rumiada largo tiempo estalló arrolladora y formidable. No hubo cuartel. La mayor parte de los blancos fueron asesinados. Muy pocos consiguieron escapar al odio alevoso y salvaje. Y la selva en aquellos lugares recuperó su primitiva e inconmensurable exuberancia.

Tecoli, el valeroso jefe piro leal amigo del blanco, que tanto contribuyera entonces a debelar la revuelta, me acompañaba. Por su consejo decidimos pernoctar en la banda izquierda. Atracamos, y una vez en tierra Tecoli ordenó a su gente la improvisación de un tambo, de hojas de palmera, para guarecernos en caso de lluvia. Construida la rústica pero útil y hospitalaria vivienda, los indios



se internaron en el monte para aprovisionarse de leña. El curaca les encomendó también la adquisición de plátanos, y yucas, encargo que sorprendiome, pues nada denunciaba la existencia de chácaras en aquel sitio. Pronto regresaron los emisarios con un panero de yucas, plátanos en abundancia y algo de caza. Seguíanles un grupo de campas comandados por el curaca Chapalba, amigo también de los civilizados y enemigo acérrimo del resto de la tribu.

Chapalba se conservaba fuerte y vigoroso como una capirona. En su faz rugosa semejante a corteza de cedro milenario, bajo las grises y erizadas cejas, los ojos de aquel indio centenario brillaban insolentes. Su amistad para con los blancos no era noble y desinteresada como la de Tecoli; emanaban de la más ruin y criminal de las conveniencias. Jefe de varias familias, había reunido a su alrededor a los más positivistas y desalmados indios de su tribu. Con ellos, efectuaba correrías en la región de los pajonales, aprovechando la ausencia de los hombres, cuando estos salían en busca del “mitayo” para caer sobre las rancherías y adueñarse de las mujeres y niños, que luego entregaba a los lancheros a cambio de cachaza, munición y pólvora.

Los visitantes, en cuclillas, se colocaron ante el tambo y dispuse que se les agasajase con algunos tragos de aguardiente de caña. Poco comunicativo por lo regular, el hombre selvático es casi siempre monosilábico en su lenguaje. Su economía en palabras raya en avaricia. Pero el alcohol, como sucede con los blancos, los torna locuaces. Después de algunas libaciones, comenzaron los campas una de aquellas conversaciones en las que todos hablan a





un tiempo, se ríen y chirigotean lo mismo, al igual que una banda de loros. Solamente el jefe piro alejado del grupo, fumaba indiferente a la alocada charla. Alguien habló del Yacuruna y como en más de una ocasión había oído a palabra quechua, pedí a Tecoli, me explicase su significado.

—Cuentan los viejos curacas— me dijo Tecoli— que los yacurunas formaban una tribu numerosa que habita en las profundidades de los ríos. Caminan bajo y sobre el agua, como nosotros sobre la tierra. Y parece que no son indiferentes a los encantos de nuestras mujeres, pues se asegura que acechan constantemente a los viajeros y abusan de las indias cuando las encuentran solas. Por esto será que algunas hembras imprudentes y soñadoras gustan en las noches de luna quedarse a dormir en las playas solitarias —agregó el curaca con marcada ironía.

—¿Pero existe efectivamente el yacuruna?

—¡Quién sabe!— me contestó el piro—. Chijero, el más inteligente de nuestros curacas, niega que exista; dice que tal vez el indio del agua no sea sino el bufeo, esa especie de cetáceo fluvial que tiene órganos de cierta analogía con los de los seres humanos.

—Yo creo haber tenido que entenderme con un yacuruna —dijo Chapalba que había escuchado con atención lo expresado por Tecoli.

Y como observase que había despertado nuestra curiosidad continuó:



—Hace muchos años, con algunos guerreros, me aventuré por el Ucayali, y entré luego al Tapiche una correría en una rancharía de indios capanahuas ubicada en la región del río Blanco. De esa expedición traje conmigo a la hija de un curaca, la hermosa Shiru, por la cual me deshice de todas mis concubinas. Shiru parecía resignada con su suerte. Era una mujer hacendosa y discreta. Nadie como ella para preparar sabiamente el masato, guisar el majás, anzuelear un paiche y arponear un zúngaro.

Una mañana salí a mitayar con mis hombres. Shiru nos acompañaba. Nos internamos dejando a Shiru en la canoa. Al regresar, en el momento de desembocar a la orilla, vi salir del pamacari bajo el cual se encontraba Shiru, a un indio de elevada estatura que al verme se arrojó de cabeza entre las aguas. Fue tal mi sorpresa que no tuve tiempo de hacer uso de mi arma. En ese lugar el río era anchuroso y difícil para la chimbada. El horizonte era extenso, pero en vano esperé más de una hora listo para disparar. Aquel indio extraño no volvió a aparecer. Solo me quedó el recuerdo de su alta estatura y del de una enorme sarta de dientes pendientes de su cuello. En la canoa, Shiru, dormía tranquilamente. Le interrogué acerca del intruso. Me dijo que no había visto a nadie, ni había sentido nada. Nueve meses más tarde, Shiru, que hasta entonces parecía estéril, dio a luz un varón. La duda ensombreció mi vida, y para disiparla, alejábame con frecuencia del campamento incursionando las indiadas enemigas.

Cinco años después, una tarde, al desembocar en la margen derecha del Tambo, encontramos una canoa sujeta por un tamshi a un árbol caído. En esa embarcación dormía un indio, a quien recono-



cí al punto por su talla y por el collar de dientes de tigre. Ordené a mi gente que lo amarrasen, lo que no fue difícil, pues el indio parecía extenuado y enfermo. Le hice varias preguntas, y me contestó mirándome altivo y fieramente. Trasladado a mi canoa, algo habría dado por saber si era un yacuruna. No me atrevía a matarlo, temeroso de atraer sobre mí la ira de sus compañeros. Por fin resolví arrojarlo al río en su parte más honda, llevándome como trofeo el enorme collar. Si es un yacuruna, pensé, no hay más que devolverlo a los suyos.

Después de esta aventura, no quise continuar surcando, y emprendí el viaje de regreso. A los dos días nos preparábamos a seguir la navegación, cuando vimos entre los troncos de una palizada el cadáver de aquel indio extraño. Por lo visto, o no existe ningún yacuruna en ese río, o no pudieron librarlo de la gran piedra que le hice atar a los pies antes de arrojarlo al agua.

De vuelta al campamento, aún recuerdo la súbita palidez de Shiru al ver en mi cuello el enorme collar. Sin embargo, nada me dijo, ni yo le dije nada. Esa misma noche, Shiru, su hijo y el collar desaparecieron sin hasta que hoy pueda formarme una idea de cómo lograron realizar su fuga.

Transcurrieron quince años de estos incidentes, que mi vida aventurera casi me había hecho olvidar, cuando encontrándome una tarde departiendo con los amahuacas, en la quebrada del Chimbillo, una flecha que nadie supo de dónde partió, vino a clavarse a una línea de mi cabeza en el tronco de una lupuna. Desde entonces tengo que vivir alerta y en constante zozobra.





Hay alguien que me acecha continuamente y que ha decretado mi muerte. Varias veces he sentido silbar a mi lado flechas que jamás pude saber de qué arco salieron. Inútilmente se han afanado y se afanan los míos en descubrir a mi agresor. Hace algunos meses, hallándome en el Urubamba, frente a Piería, residencia de Tecoli, en momentos de embarcarme, una bala dirigida de la banda opuesta me hirió levemente en el hombro izquierdo. Esa vez, ha sido la única en que pude ver de lejos a mi enemigo, pues aunque se internó rápidamente no lo fue tanto que no pudiese apreciar su elevada talla y adivinar sobre su cuello el fatídico collar del ahogado.

Calló el viejo curaca, bebiéndose un trago de cachaza como despedida y marchose con su gente. Nosotros nos cobijamos bajo el improvisado techo de yarina y dormimos arrullados por el chirrido de los grillos y el croar de los batracios. Cubiro, el más joven de los curacas campas, me refirió hace poco que Chapalba había muerto asesinado misteriosamente. Se le encontró una mañana, delante de su choza, en su campamento del Unini, clavado contra el suelo con una lanza de chonta que le atravesaba el corazón. Del mango de la lanza, pendía un enorme collar de dientes del tigre.

Carlos Gamarra



## Volteo de charapas

**T**rabajaba a órdenes de Clodoaldo Díaz, veterano cauchero oriundo de Celendín, un numeroso personal de braceros indígenas. Emprendedor, andariego y de espíritu aventurero, Clodoaldo había ejercido de mercader ambulante en sus mocedades, y después de recorrer las principales ciudades de los departamentos norteños se dirigió a Loreto, donde actuó durante varios años como regatón, obteniendo pingües ganancias en su recorrido por caseríos y rancherías, a las cuales llegaba en su montería tripulada por seis indios remeros. Las utilidades de su negocio las fundamentaba en su voluntario desconocimiento de aforos y de más trámites aduaneros. Contaba más de sesenta años cuando, sintiendo la nostalgia del terruño, volvió a Celendín y después de corta permanencia en su pueblo natal regresó a la selva.

En su viaje de regreso visitó Tarapoto, y fue en esta ciudad donde conoció a Fidelia Mori, agraciada muchacha de quince años de edad, huérfana de padres y albergada en casa de cercanos parientes. Fue después de haber bailado un chimaichi, en una fiesta familiar cuando dijo a la joven:

—¿Has de venir conmigo al caucho?

—He de ir —contestó ella sencillamente.



Y no hubo más. El viejo cauchero había intimado con los parientes de Fidelia, a quienes obsequió algunas libras de oro para la terminación de su inmueble hogareño, y estos vieron con agrado la unión de la joven con el celendino. Días más tarde, sin intervención del párroco, la unión quedó consagrada prácticamente, partiendo la nueva pareja para Loreto cuando se iniciaba el auge de la industria cauchera.

Fidelia fue, como son todas las mujeres de nuestro oriente, laboriosa, abnegada y fiel compañera de Clodoaldo durante más de treinta años, y lo siguió en todas sus correrías, llegando a ser la eficaz directora de sus negocios, pues pronto adquirió conocimientos prácticos en el manejo del personal, y cuando Clodoaldo murió, a los ciento dos años de edad, Fidelia quedó al frente del personal, que bajo su tutela había crecido notablemente.

Sumaban más de ciento cincuenta las familias componentes del referido personal, y cuando vino a menos la industria cauchera, “mamá Fidelia”, como la llamaban sus fieles indios, resolvió radicarse en la margen izquierda del bajo Amazonas, en un lugar próximo al distrito de Pevas. Hizo rozar un trozo del intrincado bosque, procedió luego a construir algunas chozas y, así quedó establecido el fundo Caimito.

La vida en el fundo transcurría serena y apacible como las aguas apacibles y serenas de un remanso. La gente del fundo había cultivado algunas hectáreas sembrándolas con maíz, caña de azúcar, frijoles y legumbres. Parte del personal incursionaba en las cercanías colectando tagua, cosechaba barbasco y algunos estaban





dedicados a la balata. Incidentalmente llegué al fundo Caimito al finalizar el crepúsculo de un día de pronunciado estío. Deberes del servicio me habían obligado a bajar por el gran río en una canoa provista de un pequeño motor manejado por un oficial de policía. Desempeñaba por aquel entonces la Intendencia de Iquitos, y me había visto precisado a emprender ese viaje.

Años antes había conocido a Fidelia en el río Napo, y cuando salté a tierra encontré en la orilla, acompañada de algunos muchachos, a la buena mujer, que me recibió cariñosamente, invitándome a su casa, donde después de agasajarme con viandas, frutas y refrescos me cedió una amplia hamaca de chambira para mi descanso.

Me relataba ella algunas incidencias recientes cuanto entró en la casa un indio joven y le dijo:

—Mamá Fidelia, ¡Capurí!

—¿La gente está lista? —preguntó ella.

El joven indio hizo con la cabeza un movimiento afirmativo, y Fidelia, dirigiéndose a mí, expresó:

—¿Ha visto usted una virazón de charapas?

—No —le contesté.



—Pues si gusta, esta noche verá usted una.

En efecto, salimos de la casa y nos dirigimos a la orilla donde se hallaban congregados numerosos indios, hombres, mujeres y niños, todos silenciosos, pero a la luz de la luna se advertía en todos los rostros alegre expectativa. Ahí permanecemos seis horas largas, fumando para entretener el ocio y ahuyentar a los mosquitos. Como a las once y media, más o menos, se acercó a nosotros un muchacho y en voz baja avisó:

—¡Salieron!

El río, caudaloso en la época de creciente, semejaba poco menos o poco más que una acequia; sus aguas habían disminuido extraordinariamente, y con el estiaje se notaba, frente al fundo, un gran islote arenoso surgido con el decrecimiento de las aguas. Fidelia me llamó la atención hacia el islote, y entonces vi que estaba lleno de pequeños bultos movibles. Eran charapas, taricayas y camisus, es decir, charapas grandes, medianas y pequeñas.

Las charapas, como las gallinas, tienen un macho para muchas hembras. Y en la época de vaciante, cuando lo cree oportuno, el capurí, nombre con que se conoce al macho, aprovecha la noche, sale del río a los islotes o a las playas, recorre, con su habitual parsimonia, una extensión de tierra, marca en el sitio más avanzado de su recorrido con una raya que con sus patas traza, y que señala el límite hasta donde pueden llegar las hembras para depositar sus huevos, y harán esto en huecos cavados por ellas, cubriendo luego los huevos, que a veces pasan de doscientos, con







una leve capa de arena, regresando en seguida al río. Son estos momentos que los indios esperan pacientemente, y que aprovechan para sorprender a las ponedoras y voltearlas, de modo que las conchas queden tocando al suelo y las gordezuelas patitas mirando al cielo.

A una señal convenida, todos nuestros acompañantes entraron en el río en dirección al islote, quedando en la orilla solamente Fidelia y yo. Tres cuartos de hora más tarde la gente regresaba portando en sus espaldas sendas charapas.

El día siguiente fue de fiesta en el fundo. Las mujeres preparaban la sarapatera, guiso de carne de charapa que se prepara al fuego utilizando como cacerola la misma concha del anfibio.

Estas alegres fiestas traen como consecuencia un aumento de la población infantil porque durante la operación del volteo de charapas se cumplen muchas amorosas promesas.

Carlos Gamarra



## El bufeo colorado

El bufeo viene a ser el delfín del río, y se puede decir que hay de tres clases atendiendo al color y al tamaño: el colorado, el plumizo y el negro. Todos son mamíferos. El bufeo colorado es el más grande; llega a alcanzar hasta cuatro metros de largo, y es muy temido en la región, más por los poderes que le atribuyen que por los daños que puede causar, pues las tres especies son aparentemente inofensivos, pasivos y tranquilos.

La leyenda le atribuye al bufeo colorado el poder de transmutación o transformación en el momento que lo desea, convirtiéndose en un distinguido personaje de tipo sajón: alto, colorado, pecoso, de ojos azules y cabello rojizo.

Toma esta forma humana para salir del agua a hacer conquistas amorosas entre las quinceañeras de los caseríos y pueblos ribereños.

En estos casos siempre se presenta como un forastero elegantemente vestido con un traje oscuro, y lleva puesto infaliblemente un sombrero de tarro alto que le cubre bien la cabeza, porque según la creencia popular con esta prenda oculta la trompa que sobresale un poco en esa parte.



También le temen porque persigue a toda pequeña embarcación donde viaja una mujer en estado de menstruación, como si fuera atraído por el olor de la sangre. Y, por último, dicen que embruja a las mujeres.

Juanita estaba disfrutando de sus vacaciones escolares en casa de su hermana Julia, a orillas del Marañón, en la desembocadura del río Samiria. Era una chiquilla muy bonita que acababa de cumplir sus quince años. Todas las tareas a la caída del sol acostumbraba ir a sentarse en una banquita que había cerca de la orilla, para contemplar el panorama mirando en lontananza la gran anchura del Marañón y luego a sus pies el discurrir de sus aguas turbias que contrastaban con las aguas casi negras del Samiria. De cuando en cuando veía saltar algún pez de gran tamaño como un saltón, un zúngaro, etc. Los bufeos, en cambio, salían a respirar con frecuencia a corta distancia del puerto, y abundaban de las tres clases. Este espectáculo no era una novedad para la chica, pues estaba casi familiarizada con la presencia de estos animales del río, porque se les veía en todas partes.

Cierto día que estaba en esta contemplación, de repente vio sobresalir del agua a corta distancia de la orilla una enorme caña de azúcar, sostenida verticalmente por una mano, al parecer de un ser humano. Por espacio de varios minutos se mantuvo en esa posición como para llamar la atención de la chiquilla que miraba atónita este insólito hecho. Luego desapareció en la misma forma misteriosa como apareció.







Juanita corrió a la casa a contar a su hermana lo que había visto. “Debes haber visto mal hermanita”, le dijo Julia, o has visto visiones de tanto estar mirando al río. No hagas caso ni le des importancia; no ha sido nada, pero no vuelvas a ir sola a la orilla”. Con estas palabras quería disipar la preocupación que en realidad le había causado el relato de Juanita y tratar de que la chica olvidara el asunto.

Pasaron unos días, y la muchacha, sin escuchar los consejos de la hermana, seguía yendo sola a sentarse en el mismo sitio, porque desde allí podía ver el río en su gran estirón, hasta donde se perdía la vista, y eso era su placer. Una de esas tardes vio emerger súbitamente la mitad de una enorme bola reluciente del tamaño de una pelota de fútbol, que por su brillantez no pudo distinguir si era de cristal o metálica; segundos después apareció la bola completa sostenida, también, por una mano que fue acercándola lentamente hacia el puerto, como invitándola a bajar para recogerla. La chica muy asustada echó a correr a la casa, y justo tropezó en el patio con su cuñado, que ese momento regresaba de la chacra. Sin proferir palabra, Juanita le cogió del brazo y, prácticamente, le arrastró hacia el puerto. Él, todo confuso y asombrado por su actitud, se dejó llevar sin ofrecer resistencia, y antes de llegar al sitio donde estaba la chica esta le dijo: “Ahora vas a mirar el puerto, Samuel, y vas a ver una bola brillante que la sostiene al aire una mano que sobresale del agua. Ha venido avanzando desde el centro de la boca del Samiria”.

Como al llegar al borde del río Samuel no viera nada, porque ya la bola había desaparecido, este le dijo: “Tú has visto visiones, y



todavía me haces correr para creer tu cuento. Lo que pasa es que te has quedado dormida en la banca y has estado soñando; luego te has despertado y has corrido como una loca, creyendo haber visto una realidad”. La chica protestó de lo que decía el cuñado, y fue nuevamente corriendo a contar a su hermana lo sucedido. Ella trató de restarle importancia al hecho, diciéndole que era solamente su imaginación la que le sugestionaba y le hacía ver cosas inexistentes como la tal bola que no podía haber en el río; y otra vez la llamó la atención por no escuchar sus recomendaciones de que no fuera sola a sentarse en la orilla.

Por la noche, cuando Juanita dormía, Julia le manifestó su preocupación a su marido, y acordaron consultar y le pusieron al corriente de todo lo que había visto la chica. Este, sin preámbulos, les dijo que cuidaran mucho a la muchacha porque el bufeo colorado quería llevársela. En consecuencia, les recomendó que no la dejaran nunca sola en casa, que evitara ir al puerto sin compañía, y que por el momento tampoco debiera viajar en canoa.

Así lo hicieron en lo sucesivo, tratando de no hacer sospechar a la chica que siempre estaba vigilada a fin de no infundirle temor. Pero un día tenían que asistir a una velación, velar un santo, a la que estaban comprometidos anteladamente, y esta debía realizarse a la banda del río, en la hacienda Castilla. Entonces se vieron obligados a dejar a Juanita en casa, acompañada de dos sobrinitos menores que ella, no sin antes hacerle mil recomendaciones para que no saliera de la casa para nada, que durmieran los tres juntos y que por la noche trancaran bien la puerta y no la





abrieran por ningún motivo absolutamente a nadie, aunque fuera una persona conocida.

La casa estaba aislada, pues los vecinos más cercanos estaban a unos doscientos metros. Los únicos guardianes eran dos perros cazadores que dormían bajo el emponado, piso de la casa.

Juanita trancó la puerta de su dormitorio a las seis de la tarde, y permanecieron despiertos los tres chicos, más o menos, hasta las ocho de la noche, hora en que los dos pequeños se quedaron profundamente dormidos. En cambio, la chica no podía pegar las pestañas porque estaba asustada a pesar de demostrar serenidad. Sencillamente pensaba que sus sobrinitos no eran acompañantes que podían darle seguridad y protección por su corta edad.

Así fueron pasando las horas, mientras que Juanita no dejaba de atisbar por las rendijas cada vez que escuchaba un pequeño ruido, tratando de descubrir algo en medio de la obscuridad.

Serían aproximadamente las diez de la noche cuando de pronto escuchó ruidos y voces en el puerto, como si se tratara de viajeros que acababan de atracar, pero ella sabía bien que su familia no regresaría hasta el día siguiente. Los perros dejaron su rincón y salieron a la carrera ladrando furiosamente, dirigiéndose hacia la orilla. Luego, los recién llegados se encaminaron a la casa, fustigados duramente por los fieles animales, pero casi de inmediato estos corrieron a meterse bajo la casa, aullando lastimeramente, sin atreverse a salir de nuevo.



Juanita, terriblemente asustada, había contenido hasta la respiración para no hacer notar su presencia según creía ella. Minutos después pudo distinguir las sombras de tres personas que resueltamente subieron a la casa y comenzaron a tocar la puerta sin decir una palabra.

La chica despertó a sus sobrinitos en voz baja, advirtiéndoles que no se movieran ni contestaran al llamado de los extraños visitantes. Estos en realidad no comprendían lo que estaba sucediendo, pero, obedeciendo a la tía, se quedaron callados, mientras seguían tocando a la puerta con insistencia. Después de largo rato, al comprobar que nadie se acercaba a abrirles la puerta y que todo estaba en silencio, aparte del ladrido de los perros que volvieron al ataque con más furor, pero desde lejos, escucharon una voz que decía: “Esta vez hemos fracasado, pero la próxima no escaparé. Será mía para siempre”. Siguió un instante de silencio, y luego la misma voz dijo: “Vámonos antes que venga alguien al escuchar los ladridos de estos malditos perros”. No hubo comentarios ni respuesta de los otros.

Mientras tanto Juanita, arrodillada en la cama, rezaba con todo fervor pidiendo a Dios que les librara de todo mal. Los desconocidos visitantes descendieron del emponado y se dirigieron al puerto, perseguidos por los perros que no cesaban de ladrar, pero, como ya se dijo sin acercárseles demasiado.

Pero después no se escuchó ruido de remos ni de canoas, como es característico en estos casos cuando se desata la embarcación, cuando se penetra a ella y cuando se comienza a bogar. Es decir,







todo quedó en silencio momentáneamente, porque minutos después se oyó claramente la caída de tres cuerpos pesados al agua, uno tras otro. Los perros bajaron hasta la misma orilla, y sus ladridos se convirtieron nuevamente en aullidos prolongados que hacían poner los pelos de punta.

Al promediar la medianoche ya todo estaba en calma; había terminado la agonía y la pesadilla de la chica, quien dominada por la fuerte emoción sufrida no tardó en quedarse dormida profundamente.

Cuando llegaron sus familiares les contó lo sucedido, pero ellos no dieron mucho crédito a sus palabras, pues pensaron que la chica había soñado todo eso, a pesar de que los dos chicos también manifestaron haber oído los golpes a la puerta y los ladridos de los perros. Sin embargo, no dejaron de indagar entre los vecinos para averiguar si alguno de ellos se había acercado por la casa esa noche o si sabían de algún forastero que estuviera recorriendo esos lugares. Las respuestas fueron negativas de todos, menos del compadre a quien consultaron antes el caso de Juanita. Este les volvió a repetir sin darles mayores explicaciones: el bufeo colorado quiere llevarse a la chica, “y no esperen una próxima vez si no quieren perderla; tienen que cuidarla mucho y no la vuelvan a dejar sola, con los chicos, ni menos acercarse al río”, les advirtió.

Pasaron dos meses de estos acontecimientos sin que nada anormal volviera a ocurrir porque en ningún momento se descuidaban de Juanita. Por esos días se preparaba una gran fiesta para cele-



brar las bodas de plata de los dueños de casa, Julia y Samuel. Se llenó grandes tinajones de masato, chicha de yuca; se molió abundante caña de azúcar para el huarapo, caldo de caña hervido y fermentado; se compró tres garrafrones de cachaza, aguardiente de caña; se hizo bastante mistela, hecha a base de miel, clavo de olor y cachaza hervida; se escogió los mejores cerdos y las mejores aves para las comidas, y se horneó gran cantidad de tortillas con dulce y con sal, como para todos los gustos.

Llegada la fecha tan esperada, desde las siete de la noche comenzaron a llegar los invitados desde lejanos lugares. La fiesta se inició a las nueve, y se bailaba alegremente al son de marineras, chimaichis, valeses, tanguiños, polcas, puladiños, etc., que sin descanso tocaba un numeroso conjunto compuesto de varios instrumentos, tales como guitarras, mandolinas, cabaquiñas, flautas, quenas y los infaltables tambor, bombo y platillos.

Había mucha gente, y entre esta no faltaron desconocidos para los dueños de casa, que no repararon la hora en que llegaron ni con quién lo hicieron; particularmente había dos jovencitos bien parecidos que vestían iguales: pantalón y camisa oscuros y una especie de gorro en la cabeza que no se quitaban para nada. La fiesta seguía con gran algarabía y los brindis menudeaban entre toda la concurrencia.

En medio de esa algarazara y aprovechando que todos bailaban ese momento, el compadre se acercó a Samuel y tomándole del brazo lo llevó hasta el patio muy disimuladamente. Allí le expresó sus





temores y sospechas respecto a los dos muchachos desconocidos que habían llamado su atención desde el principio. Le dijo que ya había indagado casi entre todos los presentes, y ninguno manifestó conocerles. “Compadre —continuó diciéndole—, estos son seres de otros mundos aunque se nos parezcan, y me haría cortar una oreja si estuviera equivocado. Estos son dos bufeos colorados bajo apariencia humana. Quieren lograr su propósito de llevarse a Juanita. A uno de ellos ya le he visto bailar varias veces con ella, y no sería nada raro que la llegue a seducir y convencer de bajar acá al patio con el pretexto de tomar aire y seguir conversando alejados del bullicio de la fiesta. Pero no se preocupe, compadre, porque ya tracé mis planes para descubrir su verdadera identidad, y ojalá que estuviera equivocado”.

El plan consistía en que tres de los muchachos conocidos, los más apuestos y fuertes, se turnarían en bailar con Juanita sin dar oportunidad a los forasteros, mientras otro grupo de cinco personas trataría de embriagarles, invitándoles beber seguidamente bajo cualquier pretexto, teniendo cuidado de que alguien se acercara a echar un buen tabacazo en las copas de los desconocidos. En esta forma se les haría olvidar el tiempo hasta llegar la medianoche. Esta forma se les haría olvidar el tiempo hasta llegar la medianoche, ya que era sabido de que estos personajes, si eran lo que se suponía, no podían pasar de las doce sin convertirse en lo que realmente eran: bufeos.

Todo iba saliendo muy bien, mientras el compadre y el dueño de casa miraban nerviosamente el reloj de bolsillo que tenía este último. Los minutos parecían largos, pero como no hay plazo que





no se cumpla, por fin el reloj marcaba ya un cuarto para las doce, pero desde momentos antes se les notaba muy inquietos a los forasteros, mirando furtivamente hacia todos lados, porque los muchachos les tenían prácticamente cercados en tanto que seguían bebiendo distraídamente. Cinco minutos antes de las doce uno de ellos pidió permiso para bajar al patio a hacer aguas; el otro también quiso seguirle, pero los muchachos le sujetaron amigablemente para que brindara una copa más con ellos.

El compadre y el dueño de casa, parados junto al escalón, controlaban la hora a la vez que no perdían de vista al grupo, mientras los demás derrochaban entusiasmo y alegría bailando frenéticamente, como es propio de los selvícolas; pues ninguno de ellos estaba enterado del plan ni se imaginaban lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Cuando faltaban solamente dos minutos para las doce, el primero que bajó llamó desde el patio a su compañero, diciéndole que ya era hora de partir. Este bruscamente salió del grupo y pegó un gran salto del emponado, con gran sorpresa de todos los presentes, menos de los jóvenes que ya estaban aleccionados. Estos también saltaron casi todos a la vez, mientras los extraños corrían velozmente, tambaleantes, hacia el borde del río. El que esperaba abajo llevaba la delantera; el otro le seguía a corta distancia, pero tuvo la desgracia de tropezar y caer pesadamente cual largo era, antes de alcanzar el borde. Cuando llegaron los muchachos a su lado para retenerlo, se encontraron con un enorme bufeo colorado que se retorció tratando de rodar al río, al mismo tiempo que





escucharon el chapuzón del otro que logró ganar la orilla antes de que el reloj marcara las doce en punto.

El revuelo que causó este hecho en la fiesta no es fácil de describir. Hubo lloriqueos, sollozos, gritos destemplados e histéricos, desmayos y hasta denuestos contra los bufeos. Las mujeres se hacían mil cruces y los hombres juraban acabar con todos los bufeos colorados. ¿Lo lograrán?

Juanita regresó al día siguiente a la ciudad, y ahora vive muy feliz al lado de su amante esposo y sus numerosos hijos. Los moradores de ese caserío aún siguen comentando este insólito hecho, trasmitiéndose la noticia de padres e hijos a través de los años.

César Huamán Ramírez





# La sachamama

**E**n quechua quiere decir “madre del monte”. Es una boa de tierra de gran tamaño sobre la cual se cuenta mil y un historias. Es legendaria. Los caucheros y mitayeros han tropezado muchas veces con ella, y aquellos que no han sido devorados nos han dejado muchos relatos sobre su existencia.

Mi Leoncio acostumbraba internarse solo en el bosque en busca de cacería, y cada vez lo hacía en diferentes direcciones, buscando los sitios más propicios para esta actividad. Generalmente salía a las seis de la mañana y regresaba infaliblemente a las cinco de la tarde, casi siempre con abundante caza.

En ciertas temporadas viajaba a otros lugares solitarios donde establecía su pequeño tambo para dedicarse a la cacería por periodos de dos a quince días con el fin de reunir abundante carne y numerosas pieles.

Esta vez se encontraba acampado en las tierras altas del río Mayo, y su diario trajinar lo hacía por un estrecho sendero que él mismo había abierto para internarse al monte. Casi al final de este sendero, ya bien adentro, había un colosal tronco caído sobre el que tenía que pasar diariamente a la ida y a la venida. Al parecer la caída de este gigantesco árbol se habría producido mucho tiempo atrás porque sobre su corteza se había acumulado





una gruesa capa de tierra donde crecían musgos, hongos y toda clase de vegetación pequeña. El resto del tronco no se podía ver porque se perdía entre el bosque.

Mi compadre había hecho de este tronco su lugar de descanso favorito porque le permitía reposar cómodamente tendido sobre él con el machete prendido en el suelo a su lado y la escopeta siempre entre sus brazos. Así pasaba largos ratos contemplando el bosque que le rodeaba y luego continuaba su camino.

Un día de esos que se detuvo junto al tronco para descansar, clavó el machete en el mismo tronco en vez de hacerlo en el suelo, y al instante sintió un ligero temblor que sacudió el bosque que le rodeaba, acompañado de un ruido sordo, lejano. Leoncio se asustó porque pensó que se trataba del inicio de un terremoto o de una terrible tormenta. Pero como todo se aquietó y volvió a la normalidad en pocos segundos, mi compadre se acomodó como de costumbre sobre el tronco y se mantuvo atento a lo que podía ocurrir después. Felizmente nada pasó durante su descanso.

Pocos días después, a eso del mediodía, fue sorprendido en el bosque por una fuerte tempestad que lo dejó empapado y muerto de frío en contados minutos porque no le dio tiempo de refugiarse bajo de una aleta o al pie de una palmera. Así siguió caminando, tomando las mayores precauciones para no ser alcanzado por las ramas desprendidas o por la caída de algún árbol, como sucede con frecuencia durante las tempestades en la selva. Quería llegar a todo trance su refugio de todos los días, es decir, el tronco caído





del camino, donde podía acurrucarse bien pegado a un costado hasta que amainara la tormenta.

Cuando todo volvió a la calma después de dos horas más o menos, Leoncio se dedicó primero a exprimir sus ropas que estaban chorreando, y luego fue en busca de algunas ramas secas que hubieran escapado de la lluvia. Con estas ramas prendió fuego al pie del tronco donde estaba recostado con el objeto de calentarse un poco, secar sus ropas y asar un pedazo de carne para satisfacer al estómago, que ya había comenzado a fastidiarle estimulado por el frío.

Esta vez tampoco ocurrió nada anormal después de esta breve y sorpresiva conmoción. Era realmente un enigma para Leoncio, por lo que quedó muy intrigado y pensativo. Tenía la impresión de que era el propio tronco en el que estaba sentado el que se sacudía, pero luego desechó esta idea porque no veía nada extraño en él. Era igual a todos los arboles gigantes de la selva que caen por algún motivo y permanecen así por largos años antes de terminar de destruirse por sí solos.

Mientras permanecen en este estado, es decir, tendidos al contacto del suelo, se cubren de una ligera capa de tierra en la que crece una variada vegetación de poco desarrollo, incluyendo pequeños arbustos, que llega a cubrirlo totalmente, confundiéndose con el resto del bosque.

En el camino de regreso a su tambo, le volvió a asaltar la idea del tronco, y desde ese momento fue creciendo su curiosidad y su in-



terés por examinarlo detenidamente, hasta que decidió dedicarse a esta operación al día siguiente, recorriéndolo desde la raíz a la copa para tratar de descubrir el misterio si es que lo había.

Al otro día, más temprano que de costumbre, se internó en el bosque, y no se detuvo para nada hasta llegar al pie del tronco. Lo primero que hizo fue examinar con mucha atención la única parte descubierta que mostraba, justamente donde cruzaba el camino que él mismo había abierto, y que le servía de descanso.

Nada extraño notó en esta parte; solo vio la corteza rugosa llena de tierra endurecida que le protegía de la intemperie. Entonces, decidió seguir bordeándolo hasta llegar a sus raíces, que él suponía se encontraría en esa dirección. Con esta idea se encaminó por ese lado, pero no se dio cuenta de que a medida que avanzaba, el tronco se iba adelgazando ligeramente en vez de seguir engrosando, como es natural en todo árbol, que siempre tiene que ser más grueso en la base.

Al cabo de un rato de seguir abriéndose paso con su machete, de improviso llegó a una parte totalmente despejada de malezas y arbustos, y vio sorprendido un gran hacinamiento de huesos de todo tamaño, como si se tratara verdaderamente de un cementerio de animales de la selva que irían a morir allí exprofeso, cosa que jamás ocurre en el bosque.

Leoncio se quedó desconcertado con este descubrimiento, y permaneció observando durante un rato este amontonamiento de



huesos en el que había de todo: unos todavía frescos y otros completamente secos.

Luego avanzó para examinar las raíces del árbol caído, pero al acercarse a donde terminaba este quedó momentáneamente paralizado al ver con asombro que en lugar de las raíces había un enorme hueco en su parte posterior, desde donde, al parecer, eran arrojados los huesos, porque desde allí partía el montón.

Al instante, el cazador sintió un gran temor, al sospechar que el árbol caído no era tal, sino algo viviente o que encerraba algún misterio que él no alcanzaba a comprender.

Con esta idea, sin pérdida de tiempo, se alejó de allí, dispuesto a no volver más por esos lugares; pero mientras caminaba volvió a aguijonearle la curiosidad, y pudo más esta que el razonamiento sensato del buen hombre. Así pues, dio media vuelta y se encaminó nuevamente hacia el cruce del sendero con el tronco, es decir, a su lugar favorito, desde donde comenzó la exploración hacia la cola. Esta vez fue decidido a no abandonar el caso hasta descubrir el misterio.

Al llegar al cruce, sin pérdida de tiempo, siguió bordeando el tronco hacia la parte donde debía estar la copa. Sin embargo, a medida que avanzaba, se iba dando cuenta de que este estaba aumentando de grosor, y entonces pensó que por este lado estaba su base, o sea sus raíces, y no por la parte que el creyó anteriormente, donde estaba el amontonamiento de huesos.







Ya cerca del final, se detuvo sorprendido al observar otra vez un espacio bastante despejado delante de la parte donde terminaba el tronco, tal como sucedió al otro extremo, solamente que este espacio estaba más limpio que el otro, como una pampa, cubierta solamente por hojarascas, y no se veía huesos u otros desperdicios por ninguna parte; tampoco vio las raíces que esperaba encontrar en este extremo, a pesar de que no le quedaba dudas de que allí terminaba la base del gigante por el enorme volumen que tenía.

Así permaneció largo rato, absorto en la contemplación de todo lo que le rodeaba, porque le parecía una rara coincidencia la parte despejada de ambos extremos del árbol caído. Mientras observaba a su alrededor, le llamó la atención un ligero movimiento de ramas en uno de los linderos del campo libre que tenía a la vista sin haber ingresado a él. Escudriñando bien el bosque llegó a ver a un venado que se acercaba lentamente al claro. Entonces Leoncio, sin pérdida de tiempo, se arrodilló y se preparó para disparar al animal, pues en todo el día no había hecho todavía ninguna actividad de caza, y esta era una brillante oportunidad para obtener su primera presa. Pero en ese preciso instante que estaba apuntando sucedió algo inesperado. De uno de los extremos del campo despejado, apareció sorprendentemente una enorme sachavaca que se disponía a cruzar el campo, y justo fue a detenerse delante del venado, cuando este también ya había penetrado a este campo y estaba detenido.

En ese momento la situación era la siguiente: el cazador a unos treinta metros de los animales, hacia atrás de la parte despejada, casi pegado al tronco, indeciso en la elección de la presa; la sa-



chavaca detenida frente al extremo del árbol; el venado, cubierto por la sachavaca, también detenida, entre este animal y el lindero del bosque.

Leoncio, algo desconcertado, prefirió bajar el arma hasta que el venado quedara al descubierto, pues rápidamente había decidido hacerse de esta presa y no de la otra, aunque era mucho más grande, pero menos codiciada. Resulta que los animales no se movían del sitio, pues parecían clavados al suelo, y lo único que hacían era raspar la tierra como pretendiendo aferrarse a ella con las pezuñas. Lo curioso del caso era que ahora los dos animales estaban dando frente al extremo del tronco, con la mirada fija en esa parte, donde se suponía estaban las raíces.

De pronto, el canto estridente de la chicua, ave agorera, casi sobre la cabeza del Leoncio, le sobrecogió y le hizo pegar un pequeño salto involuntario, a pesar de que no es costumbre en estos veteranos montaraces asustarse por nada; pero en esos momentos había tensión en sus nervios acerados y su corazón latía aceleradamente.

Este brusco movimiento de su parte motivó que los dos animales percibieran su presencia e hicieran el intento de correr, pero con gran sorpresa vio que no pudieron moverse y que no quitaban la vista del árbol.

Este hecho le llamó la atención poderosamente, y para estar seguro de que no se trataba de animales domesticados, se puso de pie y avanzó unos pasos resueltamente en dirección a ellos; y







nuevamente comprobó que estos se asustaban, pero no podían correr; estaban como hipnotizados, pegados al suelo. Entonces recién Leoncio comenzó a inquietarse y a sentir temor de algo desconocido, de algo terrible que estaba a punto de descubrir. Trató de calmar sus nervios para seguir observando la extraña conducta de estos animales, desechando toda idea de matarlos. Por un momento pensó que el chullachaqui, duende del bosque, se había transformado en estos animales para burlarse de él, y que si fuera así no tardarían en desaparecer de su vista como por encanto o tratarían de atraerlo al centro del bosque para extrañarle. Pero nada de esto ocurría.

Al poco rato vio que la sachavaca de repente comenzó a dirigirse rectamente hacia la base del tronco, paso a paso, como si no quisiera hacerlo voluntariamente, y cuando él seguía absorto mirando la actitud del animal, este desapareció en un abrir y cerrar de ojos, como si la tierra se lo hubiera tragado o como si hubiera penetrado a un túnel. A continuación, el venado siguió el mismo camino, ante la asombrada mirada de Leoncio, y desapareció igualmente al llegar al extremo del árbol caído. Ni un grito, ni un quejido, ni un crujido y ni el menor movimiento se escuchó y se notó durante esta insólita escena.

Vivamente impresionado por lo que estaba sucediendo sin explicación alguna, decidió llevar a cabo su investigación hasta el final para descubrir este misterio a pesar del temor que sentía por este algo desconocido. Con este propósito salió de su escondite, y, guiado por el instinto de conservación y ese sexto sentido que poseen los hombres de la selva, siguió adelante bordeando el tronco,



pero lo suficientemente alejado de él, con el fin de colocarse más allá de la parte despejada, dentro del bosque, dando frente al extremo del tronco donde debían estar las raíces, para observar desde lejos lo que pudiera haber allí donde desaparecieron los dos animales.

Felizmente para él, no fue preciso que llegara a colocarse al frente, porque después de sobrepasar el árbol caído con el rodeo que hizo, se detuvo un instante para volverse a mirar de un costado antes de dirigirse al sitio elegido para observar. Lo que vio le dejó paralizado de horror; sus sentidos se negaban a aceptar lo que sus ojos veían; sus piernas comenzaron a temblar; y estaba a punto de desmayarse, pues lo que suponía un viejo árbol caído como tantos otros dentro del bosque no era otra cosa que un descomunal monstruo con poderes hipnóticos extraordinarios. Era una horrorosa y gigantesca serpiente con enormes ojos fulgurantes como dos soles que emitían rayos hipnotizantes; una enorme cabeza horrible con largas orejas bien paradas y punteagudas; una boca monstruosa que parecía tenerla siempre abierta, como la entrada de un túnel.

Esta inverosímil criatura de la selva permanecía allí inmóvil, tal vez por largos años o siglos, alimentándose de toda clase de animales que tenían la desgracia de cruzar por el campo despejado, poniéndose al alcance de los poderosos rayos hipnóticos de sus ojos. Cuando esto ocurría, al instante se paralizaban, y poco a poco eran atraídos directamente hacia las enormes fauces del gigante, donde desaparecían enteros. Luego del proceso de digestión sus huesos iban a parar al otro extremo, o sea a la cola del







monstruo, donde había ese amontonamiento. Según sus cálculos medía unos sesenta metros de largo y casi un metro cincuenta de diámetro cerca a la cabeza.

Leoncio ya no tenía dudas de que se hallaba frente a la sachamama, madre de la selva o madre del bosque, de la que se libró providencialmente por su buen tino y la protección de Dios.

Este descubrimiento le permitió conocer la causa de los temblores que sintió y que sacudió toda la selva de los alrededores; primero al ser herido ligeramente con la punta del machete que seguramente atravesó sus gruesas escamas y después por el fuego que llegó a alcanzarle.

Ese mismo día abandonó su tambo para regresar a su hogar, jurando no volver jamás por esos lugares, ni recostarse sobre troncos o árboles caídos, sin antes estar seguro de que fueran auténticos.

César Huamán Ramírez



# La yara

La yara es otro personaje femenino que mora en las profundidades de nuestros ríos y lagos de la selva. Tal vez sea la misma sirena, con otra figura y ropaje, y actuando de distinta manera para seducir a sus víctimas. Es menos conocida que esta. Se la describe también como una bella mujer, de formas perfectas, cabellos blondos, ojos azules, piel de nácar y extremadamente suave y cariñosa. Se la puede encontrar en cualquier parte, ora en la ciudad, ora en las orillas de las aguas, ora en el campo, etc.

Para atraer a los hombres de su preferencia se vale de sus encantos, de mujer y de su refinado sentimentalismo. Posee el don de la transmutación o transformación. He aquí una historia de sus conquistas.

Después de las nueve de la noche comenzaron a llegar los invitados de Lidia a su fiesta de cumpleaños. Las calles débilmente iluminadas iban quedando desérticas. Era una de esas noches oscuras a pesar de la infinidad de estrellas que tachonaban el cielo. La casa de Lidia estaba ubicada a cinco cuadras de la orilla del caudaloso Amazonas, monarca de los ríos.

El último en llegar a la fiesta fue el cabo Panduro, eficiente y disciplinado miembro de la Benemérita Guardia Civil del Perú.





Hacia la medianoche la fiesta estaba en todo su apogeo; los brindis y hurras por la cumpleañera menudeaban. Las parejas bailaban con esa alegría y frenesí muy propios de los hijos de la selva. Esos momentos el cabo Panduro salía del bar, y de frente tropezó su mirada con la de una linda chica que antes no había visto en la fiesta. Esta se ruborizó al sentir las penetrantes miradas de Panduro y correspondió con una sonrisa angelical. Este no vaciló en invitarla a bailar la pieza que estaba a punto de terminar. Ella aceptó gustosa.

Desde ese momento fue la pareja ideal de la fiesta, y se les vio bailar incansablemente hasta el final, sin apartarse un solo instante uno de otro. Todos los hijos de Adán estaban curiosos por saber quién era esa damita tan preciosa, y la envidia les consumía al no tener ocasión de bailar con ella. En cambio, las hijas de Eva estaban celosas a más no poder, porque la chica era el centro de las ávidas miradas de todo el mundo. Ni la dueña de casa podía dar razón de ella, de esa encantadora princesita, ni sabía en qué momento ni con quién había llegado. Era una extraña para todos.

Lo cierto es que la hermosa desconocida se destacaba en todo, pues además de su belleza natural y su buen gusto para vestir, lo que más sobresalía era sus finos modales, su donaire para bailar y la suavidad del acento de su voz.

Panduro, que hasta ese momento era su pareja inseparable, no se había atrevido a preguntarle ni siquiera su nombre; pero al fin se decidió y entabló el siguiente diálogo:





—Mira, preciosa, ya hemos bailado tantas piezas y hasta ahora no me has dicho tu nombre —le susurró Panduro al oído.

—Me llamo Clara, ¿y tú?

—Yo me llamo Luis, y soy policía.

—Eso ya lo sabía... ¿Eres soltero?

—Por supuesto, Clarita, y estoy buscando una chica encantadora como tú para hacerla mi esposa... ¿Quisieras ser mi novia?

—Lo pensaré, Luis, pero ante todo no sé lo que puedan decir mis padres al respecto. Ellos son muy celosos y muy exigentes; por eso pocas veces vengo a una fiesta como esta, porque nunca me dejan salir sola. Ahora vine con una amiga de confianza que es conocida de la dueña de casa, pero estoy muy preocupada porque hace rato que ya no la veo por ninguna parte. Parece que se fue con otras amigas sin decirme nada.

—No tienes por qué preocuparte, Clarita. Yo te llevaré a tu casa, y si fuera preciso puedo explicar a tus padres lo sucedido. ¿Y dónde vives?

—Yo vivo en la calle Brasil, cerca al Malecón... ¿y tú?

—Yo, en la comisaría de la calle Morona.





—¿Y tus padres?

—Tengo mamá, papá y cuatro hermanos. Ellos viven en Belén. Yo estoy con mis abuelitos y mis tíos.

Y así, entre pieza y pieza seguía la conversación de los enamorados, porque en realidad ya lo eran desde el primer momento. Esto es lo que se llama el “amor a primera vista”.

Casi al final de la fiesta, antes de quedarse con los últimos, ella le insinuó para el regreso, a lo que él accedió gustoso y de inmediato se escabulleron aprovechando de la algarabía de ese momento.

Lentamente, entre caricias y mimos, llegaron a casa de la chica.  
—Tocaremos la puerta —le dijo Luis.

—No, no lo hagas. Yo la abriré con cuidado y buscaré una disculpa ante mis abuelos, porque si esto llegan a saber mis padres y mis hermanos no me dejarían salir más. Pero primero quiero verte partir —le dijo ella—. Y no olvides de verme en el malecón, entre las siete y las nueve de la noche, cerca al puerto de Bellavista, siempre que sea noche de luna, pues no me gusta la oscuridad. No intentes buscarme en mi casa ni en ninguna otra parte, porque lo echarías a perder todo. Ya te dije que solamente me permiten salir al malecón, y siempre acompañada de mi hermanita menor. Allí seguiremos conversando y planeando nuestro futuro, antes de que te presentes a mi familia.

Un tierno beso selló la despedida de esa noche, y Luis, desde la



esquina cercana pudo ver que ella desaparecía en el umbral de la puerta. Pasaron tres meses en este plan de enamorados, cada vez más atraídos el uno y la otra, viéndose de cuando en cuando tal como habían acordado.

Cierta noche que disfrutaban de sus momentos fugaces de felicidad, ella le dijo a Luis que el siguiente martes iba a tener una fiesta de gala con motivo del aniversario de un Club Social, y que no podía ir sin él, pero había el inconveniente de que esa noche iba a concurrir acompañada de su familia.

—De todas maneras —le dijo—, “yo te conseguiré una invitación para que vayas por tu lado, y allí nos encontramos. Será una oportunidad para presentarte a los míos. Iremos a las nueve de la noche, pero tú no te muevas de la comisaría hasta que yo te llame por teléfono avisándote de nuestra partida”.

Convenido en esto se despidieron hasta el próximo martes.

Llegado el día tan esperado, el cabo Panduro vistió sus mejores galas, estrenando un impecable terno blanco de chasqui, y se sentó al pie del teléfono esperando impaciente la llamada del ser amado.

A las nueve en punto sonó el teléfono, y Luis de un salto felino tomó el auricular. Al extremo de la línea la voz y dulce y persuasiva de la amada se escuchaba claramente. Pero, ¡oh fatalidad del destino!, los padres de Clarita habían desistido de concurrir a la fiesta aduciendo fútiles razones de última hora, cuando ya



la chica estaba vestida con un regio traje de noche y engalanada con relucientes y preciosas joyas de gran valor, heredadas de sus antepasados.

Ante semejante e inesperada noticia, Luis casi cae fulminado al pie del teléfono, y su voz se debilitó tanto que Clarita, comprendiendo la situación, se apresuró en animarle al instante diciéndole que no se desesperara porque ella había tomado la resolución de salir de su casa a como diera lugar, pero no para ir a la fiesta, sino para encontrarse con él en el lugar de siempre.

—No intentes venir por mí ni pasar por mi casa —le previno—. Espérame allí, que pronto estaré contigo, tal vez para siempre; eso lo decidiremos esta noche. Espero solamente que mis padres se retiren a dormir para quedar en libertad de salir sin que lo noten.

Panduro colgó el teléfono y voló al malecón, posesionándose allí de una de las bancas ya conocidas donde tantas veces se habían jurado amor eterno en sus frecuentes citas nocturnas, llenas de felicidad e ilusiones.

Pasó media hora... una hora, y la amada no aparecía, Luis agonizaba de angustia, pero ya había tomado una resolución: estaba decidido a no dejar pasar esa noche sin ver a su prometida aunque tuviera que ir a buscarla a su casa y enfrentarse con sus padres. Su espíritu disciplinado, acostumbrado a la puntualidad, no podía concebir esta demora y menos el incumplimiento de una promesa; peor todavía con las últimas palabras dichas por su amada dándole a entender que tal vez la entrevista de esta noche





les uniría para siempre. Por eso su corazón estaba gozoso con solo la idea de que fuera así, y latía locamente como si estuviera por estallar.

En la torre de la Iglesia se escuchó diez campanadas del viejo reloj que inexorablemente marcaba el paso del tiempo cada cuarto de hora.

Luis se puso de pie casi de un salto, resuelto a no esperar más y dirigirse en busca de la muchacha a su propia casa. No había dado aún diez pasos cuando a lo lejos distinguió la conocida e inconfundible figura de Clarita. Él corrió a su encuentro. Estaba realmente deslumbrante y vestía como una reina. Un vaporoso traje de gasa realzaba su esbelto cuerpo y las valiosas joyas que la adornaban completaban un maravilloso cuadro, digno del pincel de un Miguel Ángel.

Después de estrecharse amorosamente, vinieron los tímidos reproches de Luis por hacerle esperar tanto, pero ella, con su consabida dulzura, le hizo comprender que la culpa la tenían sus padres por no haberse retirado a descansar antes. Luego siguió el coloquio sin que él dejara de mirarla y remirla casi extasiado, porque nunca la había visto vestida así tan exquisitamente, con gran realce de su belleza. Ella, dándose cuenta de la situación, le dijo:

—Mi vestido ha sido importado de París, y solamente lo uso para los grandes acontecimientos como el de esta noche, en que sellaremos nuestro amor para siempre.



Era noche de luna llena, y el murmullo de las aguas del rey de los ríos se escuchaba claramente en medio del silencio de la noche. Estaba crecido y turbulento.

Los minutos y las horas fueron pasando sin que ellos se dieran cuenta, embelesados como estaban. Ya cerca de la media noche, la chica le dijo a Luis:

—Siento demasiado calor. Creo que debemos bajar por la escalinata a sentarnos a la orilla del río para refrescarnos con sus brisas.

Este no vaciló un instante en complacer a su amada, y cogiéndose de las manos bajaron hasta el penúltimo peldaño, porque el último estaba cubierto de agua. Allí permanecieron breves momentos contemplando el río. Luego de pronto Clarita le manifestó su deseo de tomar un baño y le pidió que le acompañara para nadar un rato. Ante tan descabellada idea él se quedó un tanto desconcertado, pero reaccionando de inmediato, le contestó:

—No seas loca, Clarita, cómo te imaginas que vamos a meternos al río a estas horas, estando así tan crecido y sin prendas de baño. Si quieres bañarte hazlo allí en ese chorro de agua limpia— y le señaló el caño que tenían a veinte pasos, a un costado de la escalinata —yo estaré aquí cuidándote.

Ella, mientras tanto, sin escuchar las sugerencias de su prometido, comenzó a desvestirse sin esperar más y fue colocando sus prendas cuidadosamente cerca de él.







Este, todo confuso y pudoroso, apartó su mirada a otro lado, y solamente se volvió hacia ella cuando oyó nuevamente su voz suplicante, insistiendo en que le acompañara a nadar. Al verla, se quedó deslumbrado, perplejo, sin habla, y su corazón latía con violencia, pues ella estaba allí a su lado completamente desnuda, mostrando unas formas jamás vistas por ningún mortal. Aún no salía de su asombro cuando Clarita bajó un peldaño más, el último, y fue penetrando al río lentamente sin dejar de llamarle, invitándole a seguirla.

—Ven, amor mío, no temas, aquí sellaremos nuestro amor para siempre —le iba repitiendo a medida que le iban cubriendo las aguas.

Luego se puso a nadar río adentro mientras seguía llamándole con una mano en alto que él podía distinguir perfectamente por la claridad de la luna, que a esa hora estaba esplendorosa, dejando contemplar el majestuoso paisaje a la vez que miraba desde lo alto, como muda testigo, el insospechado drama que estaba viviendo en esos momentos el confiado y honesto cabo Panduro como holocausto por el amor de una bella mujer.

Quiso llamarla a gritos, pero no le salía una palabra de la garganta; seguía mudo, desesperado, sin saber qué hacer para recuperar a la amada que parecía haber perdido la razón al alejarse así tan temerariamente.



Con la mirada fija en la muchacha, que se alejaba más y más a cada minuto que pasaba, siempre llamándole con la mano, hizo el intento de bajar al último peldaño de la escalinata con la intención de arrojarle al río y seguirla, pero súbitamente volvió a la realidad cuando vio horrorizado que las aguas que tenía adelante, casi a sus pies, comenzaron a crecer en forma repentina e inusitada en gran volumen, amenazando con inundar toda la escalinata y arrastrarlo a las profundidades.

Como si despertara después de una terrible pesadilla, Panduro dio un salto hacia atrás y quiso recoger las ropas de su amada antes de abandonar el lugar, pero estas habían desaparecido misteriosamente del sitio donde se encontraban hasta breves momentos antes. Más aturdido con este hecho, intentó gritar pidiendo auxilio, pero la voz no le salía. Entonces solo atinó a correr antes que sus piernas también le abandonaran, y así, en frenética carrera por la calle, no paró hasta caer desmayado en la misma puerta de la comisaría. Había perdido el habla y el conocimiento; estaba en estado de coma.

De inmediato sus compañeros le condujeron a emergencia, y allí los médicos no pudieron establecer el diagnóstico ni hacerle reaccionar. En vista de su estado delicado, ordenaron que quedara internado en el hospital para seguir intentando recuperarlo.

Enterados sus familiares y amistades de este triste suceso, acudieron de inmediato a ver al enfermo, mientras las autoridades iniciaban las investigaciones pertinentes para tratar de conocer las causas que originaron el mal a este noble servidor.



Entre las visitas que recibía Panduro a diario no podía faltar la presencia de Clarita, su enamorada, quien desde que se enteró de que este se encontraba hospitalizado acudía puntualmente a verle.

Cuatro días duró esta situación de angustia e incertidumbre para todos: médicos, familiares, amistades y autoridades, porque hasta ese momento nada se pudo investigar. No había ninguna pista, ninguna prueba, ningún testigo de lo ocurrido.

Al promediar esa tarde del cuarto día, casi en forma inesperada, comenzó a reaccionar Panduro, cuando ya los médicos solo esperaban un desenlace fatal. Primero abrió los ojos como si se despertara de un profundo y prolongado sueño. Luego miró en su derredor, y en su semblante se notó el asombro cuando se dio cuenta de que estaba en una cama del hospital rodeado de sus familiares y personas conocidas, y al ver entre estas a su adorada Clarita se levantó ágilmente y la abrazó fuertemente diciéndole con ansiedad:

—¡Amor mío, gracias a Dios que te has salvado!... ¿Quién te ha sacado del río? Mira que por tu culpa estoy en esta cama... ¿Y tu ropa?... ¿La encontraron?... Cuéntame lo que ha pasado, porque yo al creerte perdida para siempre me volví loco de pena la sentirme impotente para salvarte... ¿Cómo se te ocurrió bañarte a esa hora y con el río tan crecido?... ¿Cómo creías que yo te iba a seguir y secundar en tu absurdo capricho?... Da gracias a Dios que ambos nos hemos salvado, tú de morir ahogada y yo de pena.





Clarita y los presentes no alcanzaban a comprender por qué se expresaba en esa forma. Se miraban unos a otros en forma interrogante y llenos de infinita ternura y compasión. Inclusive los médicos estaban desconcertados ante la reacción de su paciente. Decididamente consideraron que había perdido la razón. Sus familiares no pudiendo contener las lágrimas y sollozaban quedadamente apartándose del grupo que rodeaba la cama de Luis.

Al ver que todos le miraban en silencio con tanta extrañeza, incluyendo a Clarita, que permanecía muda sin saber qué decir, Panduro no pudo reprimir un gesto de disgusto y exclamó colérico: —¿Qué está ocurriendo aquí?... ¿Por qué no me hablan?... ¿Y tú —dirigiéndose a la chica— por qué te quedas callada?... ¿Por qué no respondes a mis preguntas?... Dime... dime de una vez lo que ha pasado, o ¿crees que estoy loco?

Recién la chica rompió el silencio al verse así duramente increpada por su adorado, para decirle que ella en ningún momento había estado con él desde la semana atrás, debido a que tenía que cuidar a su mamá, que había sufrido un pequeño accidente al caerse en la casa; que no le mandó avisar porque no tenía con quién hacerlo; que el accidente de su mamá ocurrió precisamente cuando estaban listos para salir a la fiesta, pero que tampoco pudo llamarle por teléfono porque ella tenía que hacerlo de la casa vecina, y esa noche no salió para nada por atender a su mamá; que esperaba verle en la próxima cita para explicarle lo sucedido. Y que al día siguiente se enteró de la noticia de su enfermedad,





por lo que vino a verle ese mismo momento y después siguió concurriendo diariamente.

Él la escuchaba perplejo sin interrumpirla, y cuando terminó de hablar, su única expresión fue esta:

—¡Dios mío, tú me has amparado del mal!... ¡Gracias, Señor!

La noticia corrió como un reguero de pólvora por toda la ciudad, y los comentarios a cuál más antojadizos dieron rienda suelta a la fantasía. Las viejecitas que escuchaban esta historia se santiguaban varias veces diciendo: “¡Virgen María, salva a nuestros hijos de la yara!... Es esa demonia que atrae a los hombres y luego se los lleva el río”.

Luis y Clara se casaron, y aún viven felices rodeados de sus hijos y demás seres queridos.

César Huamán Ramírez





## El brujo Chejo

Para la familia de don Isaías, establecidos en las alturas del Tapiche, no había ya aliciente ni perspectiva alguna, y los embargaba día a día la añoranza de su pueblo. Por entonces, y para colmo de males, la madre de aquella familia fue víctima de una fuerte infección en el tobillo izquierdo. Los lavados con conocimientos de hierbas no dieron suficiente resultado. La dolencia iba diariamente en aumento, hasta hacerse insoportable para la paciente, quien ya no podía dormir con los dolores que la obligaban con su estado a perenne desvelo, y ocasionaba a sus familiares serias preocupaciones anta la ausencia de un facultativo y la ignorancia de la índole del mal.

Los vecinos que iban a visitar constantemente a la enferma, no cesaban de recomendar la intervención de un brujo, pues, en opinión de ellos, solo un brujo podía curar el daño causado por otro, porque, sin la menor duda posible, se trataba de brujería.

Tanto pudo la influencia de los vecinos en el ánimo de la paciente, que esta acabo por solicitar de su esposo el consentimiento para que fueran utilizados los servicios de un renombrado brujo de las cercanías.

Así se hizo presente en la casa, sembrando el pánico entre los muchachos, el hechicero Rosalío Pezo, quien, apenas examinó la llaga de la señora, afirmó ser daño causado por otro famoso





hechicero de quien se relataban las más portentosas hazañas de brujería, y cuyo misterioso poder corría parejo con el del diablo.

Terminado el examen y formulada la inculpación, Rosalío se dirigió a don Isaías con estas palabras:

—Esta noche va a venir su yachay del Chejo. Y tú vas matarlo con tu escopeta para que no yape daño a mamá Antolina. Yo volver mañana para comenzar curación.

Dicho lo cual se fue, dejando en la casa los más favorables comentarios, especialmente de los vecinos que lo habían llevado, sobre su seguridad, conocimiento y poder. ¡Qué competencias se iba a establecer entre los dos brujos!

A instancias de la señora, el jefe de casa ordenó al hijo mayor que vigilara el tambo por la parte externa y se aprestara a dar caza con su vieja escopeta, no obstante desdeñar supersticiones, al próximo visitante nocturno, el yachay del Chejo.

Durante horas la expectación de la familia fue grande. ¿Llegaría o no llegaría el yachay? ¿A qué hora? ¿Cómo sería? ¿Podría ser muerto de un tiro de escopeta? Así llegó la medianoche.

Reunidos todos en el cuarto de la enferma habíanse ya casi olvidado, lo de la visita del siniestro mensajero del Chejo, cuando de pronto el rechinamiento de la puerta de la habitación los paralizó de terror. El hijo que hacía guardia asomaba la cabeza para avisar que había llegado el yachay.





Luego, entre el vértigo de espanto que los mareaba en la alta noche, alargándose en mil ecos los...

Un instante después el padre aparecía en la habitación con el cadáver de un pequeño búho.

Esa noche ya nadie pudo conciliar el sueño. Para calmar la nerviosidad general, don Isaías ocupó su hamaca, y tras colocar a cada lado de sí a sus menores hijos, que eran los más afectados por el miedo, ejecutó hasta la madrugada los más hermosos aires en su concertina, no interrumpiéndose sino para beber el ponche de masato que mandó a preparar, y del cual, claro está, participaron todos.

A partir del otro día, el brujo Rosalío puso en práctica el más extraño método curativo. Después de lavar con el cocimiento de diversas hierbas la llaga de la paciente, succionaba varias veces, en cada intervención, esta llaga, colocando entre ella y los labios un pedazo de tela blanca y limpia. A cada succión seguía el espolvoreamiento de la pequeña cantidad de licor, más bien proveniente del cocimiento, que el brujo había extraído de la llaga y con el que pretendía devolver por el aire el daño con todas sus consecuencias, a quien lo había originado.

Cierta mañana, terminada la octava o novena curación, se escucharon próximos a la casa grandes retos y amenazas, contra Rosalío por alguien que llegaba. Vivamente inmutado nuestro brujo, requirió su machete y fue, seguido del dueño de casa, al encuentro de su provocador.

Afuera, un hombre del más raro aspecto, con chata cabeza, gran nariz de papagayo, respetables orejas, alto y flaquísimo cuello, y





con los ojos enteramente rojos que parecían despedir llamas, se hallaba parado en actitud retadora, teniendo fuertemente cogido por el mango un machete puro filo. Este hombre era el Chejo en persona, el rey de los brujos del alto Tapiche, el hechicero que podía mantenerse sumergido en el río durante muchas horas.

No bien ambos brujos quedaron frente a frente, el terrible Chejo se dirigió a Rosalío con estas o parecidas palabras:

—Hey sabido que quieres hacerme la contra. También mian dicho que quieres hacharme culpa del daño de mama Antolina. ¡Acércate para que me conozcas!

De pronto se escuchó un enérgico grito lanzado por don Isaías, que inmovilizó a los dos hombres en el preciso instante en que, sin mayores razones que las aducidas por el tuerto, se disponían a acometerse machete en mano.

—Eh —dijo el dueño de casa, dirigiéndose a Rosalío—, ¿quién es ese hombre? ¿Qué quiere contigo? ¡Apártense y sosiéguese o les cae a ambos! ¡Obedezcan y suelten los machetes! ¡Y si no es suficiente para convencerlos este torcido de vacamarina, ahí está la carabina de mi hijo!

En efecto, a pocos pasos del grupo, carabina en mano, se hallaba el hijo mayor pronto a dar muestras de su enorme destreza en el tiro si acaso advertía la menor sombra de peligro para su padre.

Poco a poco se fue aplacando la cólera de ambos hombres, quienes, al cabo, acompañados del jefe de la familia, se presentaron ante la enferma, en cuya presencia el brujo Chejo afirmó no ser el





causante del daño. Un instante después, ambos brujos, momentáneamente reconciliados, bebían el masato que mandó convidarles la dueña de casa.

Días más tarde de esta escena, como la dolencia de doña Antolina, tras breve alivio, cobrara mayor gravedad, se trasladó la familia nuevamente a Iquitos.

Juan Díaz del Águila



# Chullachaqui

Calixto, era un joven que residía en la zona rural, muy distante del pueblo. Todos los fines de semana iba a vender sus productos agrícolas, y se hospedaba donde su tío. El lunes muy temprano retornaba por un angosto camino que le conducía hasta su casa, atravesando un amplio monte lleno de animales peligrosos. No tenía miedo, era valiente. Un fin de semana se adelantó en volver. Era domingo siete.

—Calixto, quédate, es un día malo... —dijo su tío.

El joven hizo caso omiso a la petición de su tío. Arribó al atardecer a su casa, y escuchó silbar a las perdices al filo de la chacra, cogió su escopeta y se fue a cazar. De inmediato llegó al lugar, y con mucha precaución se fue acercando donde las escuchó gritar la última vez. Avanzando agazapado, vio moverse una rama. Efectivamente, allí estaban posadas. Levantó la escopeta, apuntó y disparó en el bulto. Las aves volaron, y una cayó al suelo. Estaba buscando, y escuchó que algo pataleaba: la perdiz daba sus últimos aletazos de vida. Calixto arrió su escopeta a un árbol.

Cuando se proponía levantar la presa, apareció un ser exótico muy raro que le impidió el paso. Se quedó turulato, era algo inaudito. El ser extraño era enano, panzoncito, los dientes negros y sobresalientes, completamente peludo como un oso; tenía una







melena larga que llegaba hasta el suelo, un pie al revés y usaba hojas como vestido. En realidad era horrible.

El pequeño hombrecillo agarró al joven para morderlo, y se pusieron a pelear. Después de una ardua riña aprovechó un descuido, de su adversario y le propinó un fuerte golpe; de inmediato le soltó.

Con mucha agilidad saltó donde estaba su escopeta y disparó contra el extraño en todo el vientre. El enanito cayó de espaldas al suelo; las tripas se le chorreaban y tenía que metérselas en su lugar.

Calixto, al ver esa escena, botó su escopeta, y se olvidó de la perdiz, y corrió pidiendo auxilio. Llegó a su casa botando espuma por la boca, subió dos gradas y cayó desmayado al piso de emponado.

—¡Mujer, algo extraño le ha sucedido a Cali! —salió a la puerta y encontró tirado a su vástago. Se asustó al verle en ese estado, llamó a su mujer, buscó su zapato, atendió al desmayado y cogió su machete y el candilaya. ¡Cuida de Cali, iré en busca del curandero! —dijo antes de partir.

Al cabo de un cierto tiempo llegaron los dos hombres. El curandero se ocupó del joven tomándole el pulso.

—Pronto estará bien.





El curandero se puso a fumar su cachimbo, y con el humo iba soplando por la cabeza y resto del cuerpo de Calixto, que permanecía echado en el emponado sin poder hablar. Hizo tres veces la misma operación.

—Ya está curado.

—¿Qué ha tenido? —preguntó el padre.

—¿Qué ha sufrido mi hijito? —la madre se paseaba por el emponado.

—Señor —se sentó y se dibujó una sonrisa en el rostro—, fue el chullachaqui que le asustó.

—¿El chullachaqui? —repitieron los padres.

Fuera de casa, el curandero narró cómo había sucedido. Los padres se asombraron.

—El chullachaqui es el diablo de la selva. Les aparece a todas las personas que no creen en Dios o no están bautizados. El muchacho estará bien, ya pasó todo el peligro.

Al día siguiente Calixto relató a sus padres igual como había narrado el curandero. Luego se dirigieron al lugar de lo ocurrido a recoger la escopeta.

El terreno donde lucharon estaba todo revuelto. Al ave la estaban comiendo las hormigas, y a un costado se encontraba un pequeño tronco podrido con un agujero en medio.





—Regresemos a casa —dijo el padre—. Ahora pensemos en los padrinos para bautizar a Cali.

—Sí, los padrinos —dijo la mujer.

Agustino Gonzales Erpillo



## Una luz al final del camino

**E**ra una tarde calurosa de septiembre 2015, al inicio del invierno amazónico. Estaba sentado en la arena grisácea de la playa a orillas de la quebrada mirando a mis hermanos maquisapas saltar y brincar con desbordante alegría, como si la creciente que se avecinaba traería buenas nuevas.

De pronto, mi cuerpo se estremeció: una chicua pasó volando y gritando mientras un terrible presentimiento atemorizó mi ser. "Algo malo va a suceder", pensé.

Presuroso me dirigí al grupo de maquisapas, cogí a mis dos hijos que jugaban con sus amiguitos y los llevé al interior del bosque para dirigirnos a la comunidad en donde nos esperaba su madre. En el recorrido que hicimos al hogar, mi hijo menor, Panchito, me preguntó:

—Papá, ¿qué está pasando en el bosque? ¿Recuerdas que mi abuelo nos contaba historias de ambientes con árboles grandes y muchos animales?

La pregunta de mi pequeño hijo me puso melancólico, y varias lágrimas rodaron por mi rostro al recordar mi feliz niñez en un bosque sano y con abundante alimento.



—Hijo, los árboles de las historias del abuelo ya han sido destruidos por algunos hombres. Ellos cortan y cortan sin sembrar para reponerlos —terminé respondiendo con tono triste.

Varios días después, cogí a mis dos hijos, despedimos a su madre y nos dirigimos a la quebrada donde acostumbrábamos jugar, y al llegar, un silencio sepulcral nos invadió. Algo olía mal. Me acerqué a la orilla, miré al lado opuesto, y, en un árbol caído, vimos y escuchamos a dos maquisapas saltar y gritar desesperadamente. En esos momentos, Panchito, se soltó de mi mano y se introdujo en las aguas negras de la quebrada. Traté de detenerlo, pero en vano. En el centro de las aguas un espeso líquido negro lo atrapó, y como si fuesen las fauces de algún monstruo, lo devoró. Como pude, crucé al lado opuesto donde estaban los dos monitos. Al llegar al lugar, me paré sobre el árbol caído y en los claros del bosque vi una docena de maquisapas muertos; un olor nauseabundo inundaba el lugar. Me acerqué y observé que una mancha negra obstruía las bocas y narices de los muertos, una mancha parecida a la que ahogó a mi pequeño. Cogí a los dos monitos y crucé la quebrada con mi hijo mayor, que esperaba ansioso regresar al hogar.

Caminaba triste y apesadumbrado; lloraba por la pérdida de mi hijo, sin tener explicación alguna. Entonces mi hijo mayor me dijo:

—Papá, dicen que unas inmensas máquinas que manejan mal algunos hombres.





Llegamos a nuestro hogar. Mi esposa se quebró en llanto cuando le conté lo ocurrido.

A los pocos días la comida fue escaseando, y tuvimos que ir a buscar más. Todos los de la comunidad enrumbamos a lo desconocido. Buscábamos y buscábamos, pero no encontrábamos alimento alguno. Los grandes árboles de aguaje solo daban semillas secas, sin nada comestible. Tuvimos que alimentarnos de bichos en lo que duró nuestro viaje. Ya no había plátanos que comer, tampoco guabas ni shimbillos. Nada. Todo parecía haberse acabado.

De los muchos maquisapas que habíamos salido de la comunidad, solo unos cuantos llegamos un lugar muy lejano donde aún había árboles frutales. Comimos hasta saciarnos, pues presentíamos que ese podía ser nuestro último alimento. Cargamos con todo lo que pudimos y regresamos.

En el trayecto de retorno, muchos maquisapas desfallecieron por el excesivo calor. Ya no había árboles que nos cubrieran del abrasador sol, no podíamos refrescarnos bañándonos en los ríos, todo estaba contaminado.

Al llegar a la comunidad no encontramos nada. Ni siquiera las raíces de los árboles que albergaron nuestros sueños desde nuestra infancia. Se podía percibir el olor a muerte y destrucción.

Los hombres ya pasaron por aquí —dijo mi esposa—. Tendremos que buscar un nuevo lugar para asentar la comunidad.





Caminamos mucho tiempo. Los demás maquisapas ya habían muerto por distintas causas: unos por insolación, otros por hambre y sed, otros por enfermedades. Solo quedábamos mi hijo, mi esposa y yo.

Al poco tiempo, mi esposa tampoco soportó el excesivo calor, el hambre y la sed, y tuve que verla morir en mis brazos. Entonces, me hice una promesa: no dejaría que nada malo le pasara a mi hijo, pues era lo único que me quedaba.

Sufrimos juntos muchas penurias en el bosque tratando de hallar un nuevo lugar para vivir, hasta que al fin lo encontramos y nos asentamos en él. Lo poco que había allí nos era suficiente: comíamos una ración pequeña de comida al día, y debíamos caminar como dos horas diarias para beber agua fresca, pero así éramos felices.

Un día me desperté de lo más inquieto, pues podía oler el hedor a muerte que traían algunos hombres.

—Espera un rato —le dije a mi primogénito—. Voy a ver de qué se trata.

Me acerqué poco a poco al lugar de donde pensé provenía el olor, pero me encontré con la sorpresa de que era una fogata encendida. No había nadie, así que supuse lo peor: los hombres ya se habían adentrado en el bosque. Corrí despavorido para buscar a mi hijo y decirle que ya no era seguro quedarnos más tiempo en ese lugar. Demasiado tarde, los hombres lo habían capturado y





le tenían cautivo en una jaula. Recordé mi promesa hecha y me armé de coraje. Me subí al árbol más alto que allí había y salté al ataque de los hombres. Logré morder la mano de uno de ellos, lo recuerdo muy bien, pero me tumbaron al suelo. Enseguida me levanté y volví al ataque. Cuando estaba preparando la siguiente mordida, oí un ruido ensordecedor y al instante sentí un dolor indescriptible.

Un humano había disparado su arma contra mí hiriéndome en una de las patas traseras. Chillé adolorido mientras se alejaban del lugar con mi único hijo en una jaula. Intenté seguirlos, pero fue en vano, no me podía mover; luego me desmayé.

Al despertar aún me dolía la pata, pero ya podía moverme. Lo único que hice fue llorar, llorar por todo: mi familia perdida, mi hogar destruido, y porque sabía que ya no duraría mucho en este mundo. Fui a curarme la herida en el río, que aún seguía contaminado con la mancha negra.

Deambulé por la selva durante mucho tiempo perdido y sin encontrar sentido a la vida. Ya no se oía el dulce trinar mañanero de los pájaros del bosque, ni el salpicar de los peces en el agua. Estos flotaban en el río, como dormidos. Así es como anduve y anduve, buscando algo, sin saber qué, para calmar mi ira y desolación, hasta que ya no pude más y sentí desvanecerme.

Desperté tendido en una mesa, dentro de una cabaña. Mi pata había sido curada y vendada, y tenía una gran ración de comida frente a mí. Comí desesperadamente, y al terminar me pregunté



cómo fue que llegué a estar en esas circunstancias. Salté de la mesa a una ventana que había cerca, y no puede creer lo que vi: hasta donde alcanzaba la vista, frondosos árboles que no dejaban ver el cielo, y en ellos miles de animales. Por doquier volaban aves y los maquisapas abundaban.

Salí de la cabaña, y me encontré con un hombre. Estaba tan maravillado al ver este paisaje, como en los viejos tiempos, que no reaccioné al verlo. Contemplé el paraíso. Él me cargó amablemente y me revisó la pata.

—Parece que ya estás mejor —dijo sonriendo amablemente.

Me dirigí a los maquisapas y les pregunté qué pasaba, cómo habían llegado a ese paradisiaco lugar.

—Esto, mi hermano —contestó uno de ellos, —es una Reserva Nacional. Aquí se encargan de proteger los recursos naturales y a nosotros los animales.

—¿Los humanos nos cuidan? —pregunté asombrado.

—¡Sí! —respondieron—, a nosotros también nos fue difícil creerlo en su momento. Felizmente, no todos los hombres son como los pintan, porque de otro modo no existiría este lugar. Nuestra esperanza está en que estos hombres buenos concienticen a sus semejantes para que vivan en armonía con el ambiente natural.







Ya llevo dos años viviendo en este lugar. La tristeza se ha desplazado de mi corazón y un sentimiento de alegría me inunda al tener la seguridad de que mi especie, y las de otros animales, no se extinguirán mientras haya estos lugares hermosos, llenos de aguas límpidas y aire puro, mientras vivamos en armonía con los hombres, y ellos a su vez realicen sus actividades aprovechando los recursos naturales sin destruirlos.

La esperanza de un mundo mejor invade mi alma en estos instantes.

Alonso Vásquez Aguilar



# La señora Shushupe y el señor Picuro

**E**n un bosque poblado de palmeras viven la señora Shushupe y el señor Picuro. Ella es la serpiente más temida del bosque amazónico, y en las noches, cuando emite su silbido, como el cloqueo de una gallina, la gran orquesta de la selva tocada por grillos, sapos, mamíferos, aves y otros habitantes se queda en silencio, paralizada. Hasta el invierno, temeroso, parece detener su paseo nocturno.

Los hombres también temen a la señora Shushupe.

—La Shushupe te sigue a gran velocidad por el bosque —dicen los hombres temerosos cuando escuchan sus silbidos.

—Pero si te sigue y está a punto de alcanzarte, le arrojas tu camisa, tu pantalón o algún trapo que llevas a la mano. Eso la confunde, y mientras ella ataca lo que le hayas arrojado tú huyes con todo lo que te den las piernas —aconsejan los hombres.

En las noches, el largo cuerpo de más o menos tres metros de la señora Shushupe se queda quieto, mimetizado debajo de un árbol caído o entre grandes hojas secas de uvilla, esperando a sus presas. Le encanta la sabrosa carne de los ratones del bosque, los huevos y los pichones de los pájaros.







En contraste, el señor Picuro es uno de los habitantes más inofensivos y queridos del bosque. Su cuerpo es pequeño y regordete, y sus piernas cortas, lo suficientemente fuertes y ágiles para correr cuando los perros del hombre lo persiguen con saña o el poderoso otorongo corre pisándole los talones. Su carne es uno de los manjares más apetecibles para los hombres y muchos habitantes del bosque como el tigre otorongo.

La temible señora Shushupe es friolenta. En las noches lluviosas de invierno, cuando todos los habitantes del bosque se acurrucan en la calidez de sus refugios, la señora Shushupe toca la puerta de la casa del señor Picuro.

—Señor Picuro, tengo mucho frío, le ruego por favor darme posada en su casa mientras pasan las lluvias —le pide.

El señor Picuro, quien ha salido a mirar quién toca la puerta de su casa excavada debajo de la tierra, piensa antes de contestar sí o no. Tiene su esposa y dos bebés que están jugando en sus habitaciones. Ellos saldrán al bosque dentro de un momento a buscar alimentos, y necesitan quien se quede cuidando la casa y, sobretodo, a los niños. En el bosque hay mucha comida; pero los niños picuritos también pueden ser comida de los enemigos.

“La ley de la selva es la reciprocidad: ayudarse el uno al otro, y no puedo negarme a darle posada”, piensa el señor Picuro.

—Puedes quedarte en la casa mientras pase el invierno. Solo te pido que vigiles a mis dos pequeños, porque yo y mi esposa



vamos a salir a buscar al bosque alimentos —le contesta con amabilidad y cortesía.

La señora Shushupe sonríe agradecida y mueve con cierta torpeza su cola en señal de amistad; luego con su gran cuerpo penetra en la casa del señor Picuro, quien se adelanta para presentar a sus dos hijos y su esposa a la nueva inquilina.

—Les presento a la señora Shushupe. Ella vivir  en la casa mientras pase el invierno —anuncia el señor Picuro a su familia. Su esposa asiente con la cabeza y los niños, con los ojos sorprendidos y viv simos, comentan:

—Ella no es como nosotros, es larga como una soga.

—Ella es un habitante del bosque como nosotros. Es larga como toda su familia —explica el señor Picuro.

—Ocupar  el cuarto del fondo, all  donde guardamos alimentos —agrega.

La casa de la familia Picuro es subterránea. La pareja ha tardado más de un mes en excavarla. Tiene varios niveles y cuatro habitaciones. Precavidamente, la casa ha sido construida con una puerta de entrada y otra de salida. La de salida es usada en situaciones de emergencia como puerta de huida y fuga cuando los enemigos atacan.



Para engatusar al enemigo, en especial al perro del hombre, la familia Picuro había conseguido que su amiga, la señora araña, hiciera su casa en la puerta, para dar impresión de abandono y de que la vivienda estaba deshabitada; pero esa treta no había servido de mucho ante el potente olfato del perro, que percibía el fuerte olor de la familia Picuro; por lo que el can penetraba en la casa ladrando con los colmillos amenazantes.

En una circunstancia así, la familia solía salir despavorida por la puerta de emergencia con dirección al río, su única posibilidad de salvación.

Momentos después, el señor y la señora Picuro se despiden de los niños con besos de los niños, y le piden a la señora Shushupe que esté vigilante, y salen a trabajar en la noche.

—Vayamos con dirección al río. Hace unos días he oído la fragancia de charichuelos y quinillas —le dice el señor Picuro a su esposa.

Ella no responde; está sumida en sus propios pensamientos. Está pensando en sus hijos que muy pronto estarán con ellos, buscando comida en el bosque. Se le escarapela el cuerpo, poniéndole la carne de gallina, pensando lo que pasaría si el perro estuviera en ese momento tratando de entrar a la casa; pero se consuela al recordar que la señora Shushupe es, junto al tigre otorongo, el único animal que puede vencer al perro e incluso al mismo tigre otorongo:







—Es una buena guardiana de mis hijos —musita.

—¡Qué! Estás hablando sola como los monos —le bromea el señor Picuro haciéndole arrumacos en el gordo cachete.

Cuando llegan al río, la luna envuelta en una bruma lechosa apenas ilumina la playa; pero, en la penumbra blanquecina, pueden ver extrañas formas sobre la arena y voces apagadas que susurran.

—Espera. Quédate quieta —le dice el señor Picuro con voz casi inaudible a su esposa.

El señor Picuro abre bien los ojos. Observa con atención las formas sobre la playa. Aguza el oído. Siente que su corazón ha empezado a palpar desesperadamente. Sus manos están sudando. Su corazón hace más ruido que sus pasos menudos y suaves con la mullida arena fluvial.

—Son cazadores que están descansando sobre la playa. Como hay luna y la noche está clara, tienen dificultades para cazar porque nosotros los podemos ver en el bosque. Por eso están descansando mientras esperan que la luna se vaya a dormir —susurra a su esposa con voz nerviosa.

—Es una suerte que los hombres estén sin sus perros —agrega la señora Picuro tratando de dar un tono de serenidad y seguridad a su voz, habitualmente apacible, suave y dulce como la pulpa de la anona.



Caminan con paso apurado en el bosque. Han decidido regresar a su hogar, temerosos de que los cazadores descubran su presencia y los persigan. Aun sin sus perros, los cazadores son peligrosos con sus armas de fuego.

Cuando llegan a su hogar, excavado en la cercanía de un gigante cedro cuyas raíces se extienden a diez kilómetros a la redonda, encuentran a la señora araña ocupada en engullirse a un zancudo que en la noche ha caído en sus redes.

—¿Alguna novedad, araña? —interroga amable, pero con apremio la señora Picuro.

—A la hora en que canta la perdiz, con su puntualidad inglesa, pasó por aquí el tigre otorongo. Estaba muy apurado, y ni siquiera miró la puerta de la casa —responde la señora araña con el hilo de su voz.

En los cuartos, los niños duermen con leves y graciosos ronquidos. En el cuarto de los alimentos, la señora Shushupe resopla fuertemente, durmiendo enroscada utilizando de almohada su propio cuerpo

—Mañana volveremos al bosque. El bosque siempre nos espera para darnos nuestros alimentos —reflexiona el señor Picuro antes de cerrar los ojos para soñar con los charichuelos y las quinillas, cuya fragancia y sabor le hacen agua la boca hasta cuando duerme.





## El loro pelado

**H**abía una vez una banda de loros que vivía en el monte. De mañana temprano iban a comer choclos a la chacra, y de tarde comían naranjas. Hacían gran barullo con sus gritos, y tenían siempre un loro de centinela en los árboles más altos, para ver si venía alguien.

Los loros son tan dañinos como la langosta, porque abren los choclos para picotearlos, los cuales después se pudren con la lluvia. Y como al mismo tiempo los loros son ricos para comer los guisados, los peones los cazaban a ricos.

Un día un hombre bajó de un tiro a un loro centinela, el que cayó herido y peleó un buen rato antes de dejarse agarrar. El peón lo llevó a la casa, para los hijos del patrón; los chicos lo curaron porque no tenía más que un ala rota. El loro se curó muy bien, y se amansó completamente. Se llamaba Pedrito. Aprendió a dar la pata; le gustaba estar en el hombro de las personas, y con el pico les hacía cosquillas en la oreja.

Vivía suelto, y pasaba casi todo el día en los naranjos y eucaliptos del jardín. Le gustaba también burlarse de las gallinas. A las cuatro o cinco de la tarde, que era la hora en que se tomaba el té





en la casa, el loro entraba también en el comedor, y se subía con el pico y las patas por el mantel a comer pan mojado en leche.

Tenía locura por el té con leche. Tanto se daba Pedrito con los chicos, y tantas cosas le decían las criaturas, que el loro aprendió a hablar. Decía: “¡Buen día, lorito!...”, “¡Rica la papa!...”, “¡Papa para Pedrito!...”. Decía otras cosas más que no se pueden decir, porque los loros, como los chicos, aprenden con gran facilidad malas palabras.

Cuando llovía, Pedrito se encrespaba y se contaba a sí mismo una porción de cosas, muy bajito. Cuando el tiempo se componía, volaba entonces gritando como un loco.

Era, como se ve, un loro bien feliz, que además de ser libre, como lo desean todos los pájaros, tenía también, como las personas ricas, su five o'clock tea.

Ahora bien, en medio de esa felicidad, sucedió que una tarde de lluvia salió por fin el sol después de cinco días de temporal, y Pedrito se puso a volar gritando:

—“¡Qué lindo día, lorito!. ¡Rica papa! ¡La pata, Pedrito!...” —y volaba lejos, hasta que vio debajo de él, muy abajo, el río Paraná, que parecía una lejana y ancha cinta blanca. Y siguió, siguió volando, hasta que se asentó por fin en un árbol a descansar.







Y he aquí que de pronto vio brillar en el suelo, a través de las ramas, dos luces verdes, como enormes bichos de luz.

—¿Qué será? —se dijo el loro—. ¡Rica papa!... ¿Qué será eso?... ¡Buen día, Pedrito!...

El loro hablaba siempre así, como todos los loros, mezclando las palabras sin ton ni son, y a veces costaba entenderlo, y como era muy curioso, fue bajando la rama en rama hasta acercarse. Entonces vio que aquellas dos luces verdes eran los ojos de un tigre que estaba agachado, mirándolo fijamente. Pero Pedrito estaba tan contento con el lindo día que no tuvo ningún miedo.

—¡Buen día, tigre! —le dijo—. La pata, Pedrito!...

Y el tigre, con esa voz terriblemente ronca que tiene, le respondió:

—¡Buen día!

—¡Buen día, tigre —repitió el loro—. ¡Rica papa!. ¡Rica papa!. ¡Rica papa!...

Y decía tantas veces “¡rica, papa!” porque ya eran las cuatro de la tarde, y tenía muchas ganas de tomar té con leche. El loro se había olvidado de que los bichos del monte no toman té con leche, y por eso lo convidó al tigre.



—¡Rico té con leche! —le dijo—. “¡Buen día, Pedrito!...” ¿Quieres tomar té con leche conmigo, amigo tigre?

Pero el tigre se puso furioso porque creyó que el loro se reía de él, y además, como tenía a su vez hambre, se quiso comer al pájaro hablador. Así que le contestó:

—¡Bue-no! ¡Acérca-te un poco que soy sor-do!

El tigre no era sordo; lo que quería era que Pedrito se acercara mucho para agarrarlo de un zarpazo. Pero el loro no pensaba sino en el gusto que tendrían en la casa cuando él se presentara a tomar té con leche con aquel magnífico amigo. Y voló hasta otra rama más cerca del suelo.

— ¡Rica papa en casa! —repitió gritando cuando podía.

—¡Más cerca! ¡No oigo! —respondió el tigre con su voz ronca.

El loro se acercó un poco más y dijo:

—¡Rico té con leche!

—¡Más cerca todavía! —repitió el tigre.

El pobre loro se acercó aún más, y en ese momento el tigre dio





un terrible salto, tan alto como una casa. No alcanzó a matarlo, pero le arrancó todas las plumas del lomo y la cola entera. No le quedó una sola pluma en la cola.

—¡Toma! —rugió el tigre—. Anda a tomar té con leche...

El loro, gritando de dolor y de miedo, se fue volando, pero no podía volar bien porque le faltaba la cola, que es como el timón de los pájaros. Volaba cayéndose en el aire de un lado para otro, y todos los pájaros que lo encontraban se alejaban asustados de aquel bicho raro.

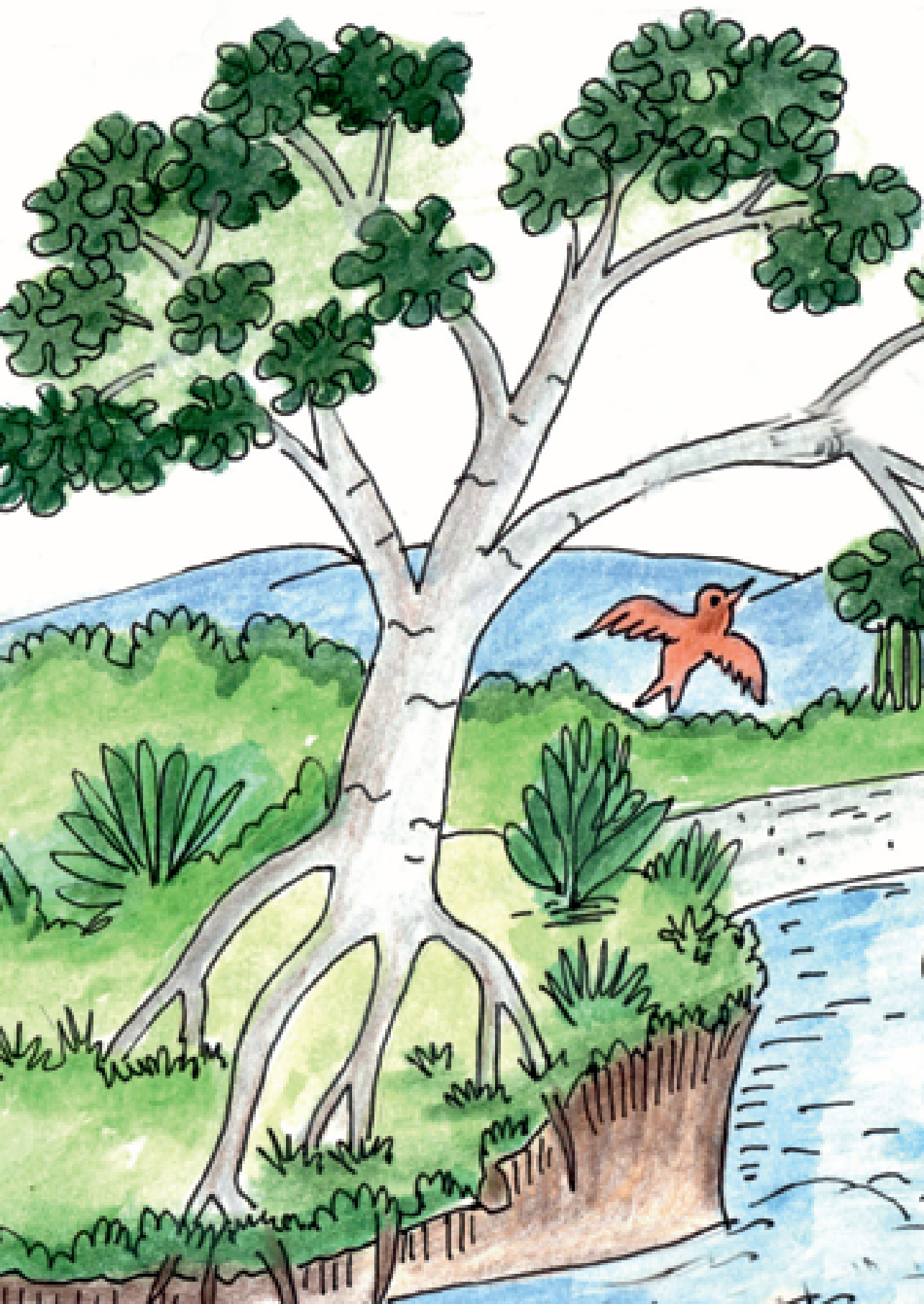
Por fin pudo llegar a la casa, y lo primero que hizo fue mirarse en el espejo de la cocina. ¡Pobre Pedrito! Era el pájaro más raro y más feo; quedarse todo pelado, todo rabón y temblando de frío. ¿Cómo iba a presentarse en el comedor con esa figura? Voló entonces hasta el hueco que había en el tronco de un eucalipto, y que era como una cueva, y se escondió en el fondo tiritando de frío y de vergüenza.

Pero entretanto en el comedor todos extrañaban su presencia.

—¿Dónde estará Pedrito? —decían. y llamaban—: ¡Pedrito! ¡Rica papa, Pedrito! ¡Té con leche, Pedrito!

Pero Pedrito no se movía de su cueva, ni respondía nada, mudo





y quieto. Lo buscaron por todas partes, pero el loro no apareció. Todos creyeron entonces que Pedrito había muerto, y los chicos se echaron a llorar.

Todas las tardes, a la hora del té, se acordaban siempre del loro, y recordaban también cuánto le gustaba comer pan mojado en té con leche. ¡Pobre Pedrito! Nunca más lo verían porque había muerto.

Pero Pedrito no había muerto, sino que continuaba en su cueva sin dejarse ver por nadie, porque sentía mucha vergüenza de verse pelado como un ratón. De noche bajaba a comer y subía en seguida. De madrugada descendía de nuevo, muy ligero, e iba a mirarse al espejo de la cocina, siempre muy triste porque las plumas tardaban mucho en crecer.

Hasta que por fin un día, o una tarde, la familia sentada en la mesa a la hora del té vio entrar a Pedrito muy tranquilo, balanceándose como si nada hubiera pasado. Todos se querían morir; morir de gusto cuando lo vieron bien vivo y con lindísimas plumas.

—¡Pedrito, lorito! —le decían—. ¿Qué te pasó, Pedrito! ¡Qué plumas brillantes que tiene el lorito!.

Pero no sabían que eran plumas nuevas, y Pedrito, muy serio, no decía tampoco una palabra. No hacía sino comer pan mojado en té con leche, pero lo que es hablar, ni una sola palabra.





Por eso, el dueño de la casa se sorprendió mucho cuando a la mañana siguiente el loro fue volando a pararse en su hombro, charlando como un loco. En dos minutos le contó lo que le había pasado: un paseo al Paraguay, su encuentro con el tigre y lo demás, y concluía cada cuento cantando:

—¡Ni una pluma en la cola de Pedrito! ¡Ni una pluma! ¡Ni una pluma!

Y lo invitó a ir a cazar al tigre entre los dos.

El dueño de casa, que precisamente iba en ese momento a comprar una piel de tigre que le hacía falta para la estufa, quedó muy contento de poderla tener gratis. Y volviendo a entrar en la casa para tomar la escopeta, emprendió junto con Pedrito el viaje al Paraguay. Convinieron en que cuando Pedrito viera al tigre lo distraería charlando para que el hombre pudiera acercarse despacito con la escopeta.

Y así pasó. El loro, sentado en una rama del árbol, charlaba y charlaba, mirando al mismo tiempo a todos lados, para ver si veía al tigre. Y por fin sintió un ruido de ramas partidas, y vio de repente debajo del árbol dos luces verdes fijas en él: eran los ojos del tigre. Entonces el loro se puso a gritar:

—¡Lindo día!... ¡Rica papa! ¡Rico té con leche! ¿Quieres té con leche?...



El tigre, enojadísimo al reconocer a aquel loro pelado que él creía haber muerto, y que tenía otra vez lindísimas plumas, juró que esa vez no se le escaparía, y de sus ojos brotaron dos rayos de ira cuando respondió con su voz ronca:

—¡Acér-ca-te-más! ¡Soy sor-do!

El loro voló a otra rama más próxima, siempre charlando:

—¿Rico pan con leche!... ¡Está al pie de este árbol!...

Al oír estas últimas palabras, el tigre lanzó un rugido y se levantó de un salto.

—¿Con quién estás hablando? —bramó—. ¿A quién le has dicho que estoy al pie de este árbol?

—¡A nadie, a nadie! —gritó el loro—. ¡Buen día, Pedrito! ¡La pata, lorito!

Y seguía charlando, y saltando de rama en rama y acercándose. Pero él había dicho está al pie de este árbol para avisarle al hombre, que se iba arrimando bien agachado y con la escopeta al hombro.

Llegó un momento en que el loro no pudo acercarse más porque si no caía en la boca del tigre, y entonces gritó:



—¿Rica, papa! ¡Atención!

—¡Más cerca aún! —rugió el tigre, agachándose para saltar.

—¡Rico té con leche!... ¡Cuidado, va a saltar!

Y el tigre saltó, en efecto. Dio un enorme salto que el loro evitó lanzándose al mismo tiempo como una flecha en el aire; pero también en ese mismo instante el hombre, que tenía el cañón de la escopeta recostado contra un tronco para hacer bien la puntería, apretó el gatillo, y nueve balines, del tamaño de un garbanzo cada uno, entraron como un rayo en el corazón del tigre, que lanzando un bramido que hizo temblar el montero entero cayó muerto.

Pero el loro, ¡qué gritos de alegría daba! Estaba loco de contento porque se había vengado —¡y bien vengado!— del feísimo animal que le había sacado las plumas. El hombre estaba también muy contento porque matar a un tigre es cosa difícil, y además tenía la piel para la estufa del comedor.

Cuando llegaron a la casa, todos supieron por qué Pedrito había estado tanto tiempo oculto en el hueco del árbol, y todos lo felicitaron por su hazaña.

Vivieron en adelante muy contentos, pero el loro no se olvidaba de lo que le había hecho el tigre, y todas las tardes, cuando en-





traba en el comedor para tomar el té, se acercaba siempre a la piel del tigre, tendida delante de la estufa, y lo invitaba a tomar té con leche.

—¡Rica papa!... —le decía—. ¿Quieres té con leche?... ¡La papa para el tigre!...

Todos se morían de risa, y Pedrito también.

Horacio Quiroga









# CARTA DEMOCRÁTICA INTERAMERICANA

## I La democracia y el sistema interamericano

### Artículo 1

Los pueblos de América tienen derecho a la democracia y sus gobiernos la obligación de promoverla y defenderla. La democracia es esencial para el desarrollo social, político y económico de los pueblos de las Américas.

### Artículo 2

El ejercicio efectivo de la democracia representativa es la base del estado de derecho y los regímenes constitucionales de los Estados Miembros de la Organización de los Estados Americanos. La democracia representativa se refuerza y profundiza con la participación permanente, ética y responsable de la ciudadanía en un marco de legalidad conforme al respectivo orden constitucional.

### Artículo 3

Son elementos esenciales de la democracia representativa, entre otros, el respeto a los derechos humanos y las libertades fundamentales; el acceso al poder y su ejercicio con sujeción al estado de derecho; la celebración de elecciones periódicas, libres, justas y basadas en el sufragio universal y secreto como expresión de la soberanía del pueblo; el régimen plural de partidos y organizaciones políticas; y la separación e independencia de los poderes públicos.

### Artículo 4

Son componentes fundamentales del ejercicio de la democracia la transparencia de las actividades gubernamentales, la probidad, la responsabilidad de los gobiernos en la gestión pública, el respeto por los derechos sociales y la libertad de expresión y de prensa. La subordinación constitucional de todas las instituciones del Estado a la autoridad civil legalmente constituida y el respeto al estado de derecho de todas las entidades y sectores de la sociedad son igualmente fundamentales para la democracia.

### Artículo 5

El fortalecimiento de los partidos y de otras organizaciones políticas es prioritario para la democracia. Se deberá prestar atención especial a la problemática derivada de los altos costos de las campañas electorales y al establecimiento de un régimen equilibrado y transparente de financiación de sus actividades.

### Artículo 6

La participación de la ciudadanía en las decisiones relativas a su propio desarrollo es un derecho y una responsabilidad. Es también una condición necesaria para el pleno y efectivo ejercicio de la democracia. Promover y fomentar diversas formas de participación fortalece la democracia.

## II La democracia y los derechos humanos

### Artículo 7

La democracia es indispensable para el ejercicio efectivo de las libertades fundamentales y los derechos humanos, en su carácter universal, indivisible e interdependiente, consagrados en las respectivas constituciones de los Estados y en los instrumentos interamericanos e internacionales de derechos humanos.

### Artículo 8

Cualquier persona o grupo de personas que consideren que sus derechos humanos han sido violados pueden interponer denuncias o peticiones ante el sistema interamericano de promoción y protección de los derechos humanos conforme a los procedimientos establecidos en el mismo. Los Estados Miembros reafirman su intención de fortalecer el sistema interamericano de protección de los derechos humanos para la consolidación de la democracia en el Hemisferio.

### Artículo 9

La eliminación de toda forma de discriminación, especialmente la discriminación de género, étnica y racial, y de las diversas formas de intolerancia, así como la promoción y protección de los derechos humanos de los pueblos indígenas y los migrantes y el respeto a la diversidad étnica, cultural y religiosa en las Américas, contribuyen al fortalecimiento de la democracia y la participación ciudadana.

### Artículo 10

La promoción y el fortalecimiento de la democracia requieren el ejercicio pleno y eficaz de los derechos de los trabajadores y la aplicación de normas laborales básicas, tal como están consagradas en la Declaración de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) relativa a los Principios y Derechos Fundamentales en el Trabajo y su Seguimiento, adoptada en 1998, así como en otras convenciones básicas afines de la OIT. La democracia se fortalece con el mejoramiento de las condiciones laborales y la calidad de vida de los trabajadores del Hemisferio.

## III Democracia, desarrollo integral y combate a la pobreza

### Artículo 11

La democracia y el desarrollo económico y social son interdependientes y se refuerzan mutuamente.

### Artículo 12

La pobreza, el analfabetismo y los bajos niveles de desarrollo humano son factores que inciden negativamente en la consolidación de la democracia. Los Estados Miembros de la OEA se comprometen a adoptar y ejecutar todas las acciones necesarias para la creación de empleo productivo, la reducción de la pobreza y la erradicación de la pobreza extrema, teniendo en cuenta las diferentes realidades y condiciones económicas de los países del Hemisferio. Este compromiso común frente a los problemas del desarrollo y la pobreza también destaca la importancia de mantener los equilibrios macroeconómicos y el imperativo de fortalecer la cohesión social y la democracia.

### Artículo 13

La promoción y observancia de los derechos económicos, sociales y culturales son constitucionales al desarrollo integral, al crecimiento económico con equidad y a la consolidación de la democracia en los Estados del Hemisferio.

### Artículo 14

Los Estados Miembros acuerdan examinar periódicamente las acciones adoptadas y ejecutadas por la Organización encaminadas a fomentar el diálogo, la cooperación para el desarrollo integral y el combate a la pobreza en el Hemisferio, y tomar las medidas oportunas para promover estos objetivos.

### Artículo 15

El ejercicio de la democracia facilita la preservación y el manejo adecuado del medio ambiente. Es esencial que los Estados del Hemisferio implementen políticas y estrategias de protección del medio ambiente, respetando los diversos tratados y convenciones, para lograr un desarrollo sostenible en beneficio de las futuras generaciones.

### Artículo 16

La educación es clave para fortalecer las instituciones democráticas, promover el desarrollo del potencial humano y el alivio de la pobreza y fomentar un mayor entendimiento entre los pueblos. Para lograr estas metas, es esencial que una educación de calidad esté al alcance de todos, incluyendo a las niñas y las mujeres, los habitantes de las zonas rurales y las personas que pertenecen a las minorías.

## IV Fortalecimiento y preservación de la institucionalidad democrática

### Artículo 17

Cuando el gobierno de un Estado Miembro considere que está en riesgo su proceso político institucional democrático o su legítimo ejercicio del poder, podrá recurrir al Secretario General o al Consejo Permanente a fin de solicitar asistencia para el fortalecimiento y preservación de la institucionalidad democrática.

### Artículo 18

Cuando en un Estado Miembro se produzcan situaciones que pudieran afectar el desarrollo del proceso político institucional democrático o el legítimo ejercicio del poder, el Secretario General o el Consejo Permanente podrá, con el consentimiento previo del gobierno afectado, disponer visitas y otras gestiones con la finalidad de hacer un análisis de la situación. El Secretario General elevará un informe al Consejo Permanente, y éste realizará una apreciación colectiva de la situación y, en caso necesario, podrá adoptar decisiones dirigidas a la preservación de la institucionalidad democrática y su fortalecimiento.

### Artículo 19

Basado en los principios de la Carta de la OEA y con sujeción a sus normas, y en concordancia con la cláusula democrática contenida en la Declaración de la ciudad de Quebec, la ruptura del orden democrático o una alteración del orden constitucional que afecte gravemente el orden democrático en un Estado Miembro constituye, mientras persista, un obstáculo insuperable para la participación de su gobierno en las sesiones de la Asamblea General, de la Reunión de Consulta, de los Consejos de la Organización y de las conferencias especializadas, de las comisiones, grupos de trabajo y demás órganos de la Organización.

### Artículo 20

En caso de que en un Estado Miembro se produzca una alteración del orden constitucional que afecte gravemente su orden democrático, cualquier Estado Miembro o el Secretario General podrá solicitar la convocatoria inmediata del Consejo Permanente para realizar una apreciación colectiva de la situación y adoptar las decisiones que estime conveniente. El Consejo Permanente, según la situación, podrá disponer la realización de las gestiones diplomáticas necesarias, incluidos los buenos oficios, para promover la normalización de la institucionalidad democrática. Si las gestiones diplomáticas resultaren infructuosas o si la urgencia del caso lo aconsejare, el Consejo Permanente convocará de inmediato un período extraordinario de sesiones de la Asamblea General para que ésta adopte las decisiones que estime apropiadas, incluyendo gestiones diplomáticas, conforme a la Carta de la Organización, el derecho internacional y las disposiciones de la presente Carta Democrática. Durante el proceso se realizarán las gestiones diplomáticas necesarias, incluidos los buenos oficios, para promover la normalización de la institucionalidad democrática.

### Artículo 21

Cuando la Asamblea General, convocada a un período extraordinario de sesiones, constate que se ha producido la ruptura del orden democrático en un Estado Miembro y que las gestiones diplomáticas han sido infructuosas, conforme a la Carta de la OEA tomará la decisión de suspender a dicho Estado Miembro del ejercicio de su derecho de participación en la OEA con el voto afirmativo de los dos tercios de los Estados Miembros. La suspensión entrará en vigor de inmediato. El Estado Miembro que hubiera sido objeto de suspensión deberá continuar observando el cumplimiento de sus obligaciones como miembro de la Organización, en particular en materia de derechos humanos.

Adoptada la decisión de suspender a un gobierno, la Organización mantendrá sus gestiones diplomáticas para el restablecimiento de la democracia en el Estado Miembro afectado.

### Artículo 22

Una vez superada la situación que motivó la suspensión, cualquier Estado Miembro o el Secretario General podrá proponer a la Asamblea General el levantamiento de la suspensión. Esta decisión se adoptará por el voto de los dos tercios de los Estados Miembros, de acuerdo con la Carta de la OEA.

## V La democracia y las misiones de observación electoral

### Artículo 23

Los Estados Miembros son los responsables de organizar, llevar a cabo y garantizar procesos electorales libres y justos. Los Estados Miembros, en ejercicio de su soberanía, podrán solicitar a la OEA asesoramiento o asistencia para el fortalecimiento y desarrollo de sus instituciones y procesos electorales, incluido el envío de misiones preliminares para ese propósito.

### Artículo 24

Las misiones de observación electoral se llevarán a cabo por solicitud del Estado Miembro interesado. Con tal finalidad, el gobierno de dicho Estado y el Secretario General celebrarán un convenio que determine el alcance y la cobertura de la misión de observación electoral de que se trate. El Estado Miembro deberá garantizar las condiciones de seguridad, libre acceso a la información y amplia cooperación con la misión de observación electoral. Las misiones de observación electoral se realizarán de conformidad con los principios y normas de la OEA. La Organización deberá asegurar la eficacia e independencia de estas misiones, para lo cual se les dotará de los recursos necesarios. Las mismas se realizarán de forma objetiva, imparcial y transparente, y con la capacidad técnica apropiada. Las misiones de observación electoral presentarán oportunamente al Consejo Permanente, a través de la Secretaría General, los informes sobre sus actividades.

### Artículo 25

Las misiones de observación electoral deberán informar al Consejo Permanente, a través de la Secretaría General, si no existiesen las condiciones necesarias para la realización de elecciones libres y justas. La OEA podrá enviar, con el acuerdo del Estado interesado, misiones especiales a fin de contribuir a crear o mejorar dichas condiciones.

## VI Promoción de la cultura democrática

### Artículo 26

La OEA continuará desarrollando programas y actividades dirigidos a promover los principios y prácticas democráticas y fortalecer la cultura democrática en el Hemisferio, considerando que la democracia es un sistema de vida fundado en la libertad y el mejoramiento económico, social y cultural de los pueblos. La OEA mantendrá consultas y cooperación continua con los Estados Miembros, tomando en cuenta los aportes de organizaciones de la sociedad civil que trabajen en esos ámbitos.

### Artículo 27

Los programas y actividades se dirigirán a promover la gobernabilidad, la buena gestión, los valores democráticos y el fortalecimiento de la institucionalidad política y de las organizaciones de la sociedad civil. Se prestará atención especial al desarrollo de programas y actividades para la educación de la niñez y la juventud como forma de asegurar la permanencia de los valores democráticos, incluidas la libertad y la justicia social.

### Artículo 28

Los Estados promoverán la plena e igualitaria participación de la mujer en las estructuras políticas de sus respectivos países como elemento fundamental para la promoción y ejercicio de la cultura democrática.

# Banco del Libro

INSTITUCION EDUCATIVA:								
DEPARTAMENTO:				PROVINCIA:				
^DISTRITO:								
Año	Grado	Sección	Nombres y apellidos del alumno	Código*	Condición del libro ^			
					Recibí	Firma del Padre	Entregué	Firma del Padre

\* Código = Número de orden del alumno Condición del libro:

- A = Nuevo, completo, limpio, sin deterioro.
- B = Completo, se puede borrar algunas marcas, sin deterioro.
- C = Con marcas que no salen y con deterioros subsanables.
- D = Inutilizable, requiere reposición.



## ¿Cómo cuido y limpio mis libros?

- Forro mi libro con plástico o papel y le coloco una etiqueta.
- Limpio mi libro con una franela.
- Uso mi libro con las manos limpias y en lugares apropiados.
- Realizo las actividades en un cuaderno u hojas de trabajo, sin rayar ni escribir en mi libro.
- Evito doblar las puntas y que se manche con líquidos o dulces.

**¡Cuido los libros porque otro niño los utilizará el próximo año!**

# SÍMBOLOS DE LA PATRIA



BANDERA



CORO DEL HIMNO NACIONAL



ESCUDO

## Declaración Universal de los Derechos Humanos

El 10 de diciembre de 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó y proclamó la Declaración Universal de Derechos Humanos, cuyos artículos figuran a continuación:

**Artículo 1.-** Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y (...) deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

**Artículo 2.-** Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona (...).

**Artículo 3.-** Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

**Artículo 4.-** Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre; la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

**Artículo 5.-** Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes.

**Artículo 6.-** Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica.

**Artículo 7.-** Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración (...).

**Artículo 8.-** Toda persona tiene derecho a un recurso efectivo, ante los tribunales nacionales competentes, que la ampare contra actos que violen sus derechos fundamentales (...).

**Artículo 9.-** Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

**Artículo 10.-** Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal.

**Artículo 11.-**

1. Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe su culpabilidad (...).

2. Nadie será condenado por actos u omisiones que en el momento de cometerse no fueron delictivos según el Derecho nacional o internacional. Tampoco se impondrá pena más grave que la aplicable en el momento de la comisión del delito.

**Artículo 12.-** Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques.

**Artículo 13.-**

1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.

2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país.

**Artículo 14.-**

1. En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país.

2. Este derecho no podrá ser invocado contra una acción judicial realmente originada por delitos comunes o por actos opuestos a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

**Artículo 15.-**

1. Toda persona tiene derecho a una nacionalidad.

2. A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.

**Artículo 16.-**

1. Los hombres y las mujeres, a partir de la edad núbil, tienen derecho, sin restricción alguna por motivos de raza, nacionalidad o religión, a casarse y fundar una familia (...).

2. Sólo mediante libre y pleno consentimiento de los futuros esposos podrá contraerse el matrimonio.

3. La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado.

**Artículo 17.-**

1. Toda persona tiene derecho a la propiedad, individual y colectivamente.

2. Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.

**Artículo 18.-** Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión (...).

**Artículo 19.-** Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión (...).

**Artículo 20.-**

1. Toda persona tiene derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas.

2. Nadie podrá ser obligado a pertenecer a una asociación.

**Artículo 21.-**

1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos.

2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país.

3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

**Artículo 22.-** Toda persona (...) tiene derecho a la seguridad social, y a obtener (...) habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.

**Artículo 23.-**

1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.

2. Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a igual salario por trabajo igual.

3. Toda persona que trabaja tiene derecho a una remuneración equitativa y satisfactoria, que le asegure, así como a su familia, una existencia conforme a la dignidad humana y que será completada, en caso necesario, por cualesquiera otros medios de protección social.

4. Toda persona tiene derecho a fundar sindicatos y a sindicarse para la defensa de sus intereses.

**Artículo 24.-**

Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.

**Artículo 25.-**

1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, vejez u otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.

2. La maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencia especiales. Todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio, tienen derecho a igual protección social.

**Artículo 26.-**

1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos.

2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos; y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.

3. Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos.

**Artículo 27.-**

1. Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten.

2. Toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora.

**Artículo 28.-** Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos.

**Artículo 29.-**

1. Toda persona tiene deberes respecto a la comunidad (...).

2. En el ejercicio de sus derechos y en el disfrute de sus libertades, toda persona estará solamente sujeta a las limitaciones establecidas por la ley con el único fin de asegurar el reconocimiento y el respeto de los derechos y libertades de los demás, y de satisfacer las justas exigencias de la moral, del orden público y del bienestar general en una sociedad democrática.

3. Estos derechos y libertades no podrán, en ningún caso, ser ejercidos en oposición a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

**Artículo 30.-** Nada en esta Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades (...) tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración.

“DISTRIBUIDO GRATUITAMENTE POR EL MINISTERIO DE EDUCACIÓN  
PROHIBIDA SU VENTA”